

# CRISTIANDAD



## *Razón de este número*

Iniciadas ya las tareas de CRISTIANDAD, quiere ésta que su primer paso sea el de un rendido homenaje de amor y filial sumisión al Pontífice reinante Pío XII. Esta es, fundamental y augusta, la razón de este número, segundo de nuestra publicación. Todo él, desde su **Editorial** (pág. 1.<sup>a</sup>), en forma de dedicatoria, responde al mismo fin, después de conmemorar la festividad grande de la Iglesia, la Pascua de Resurrección y sus misterios—con cuya fecha se coincide—, en la pág. 2.<sup>a</sup>, con **Algunas consideraciones sobre el Himno X «Circa Exequias», de Prudencio**, por Joaquín Florit García y, en la pág. 3.<sup>a</sup>, con **Pascua de Resurrección**, del Dr. Sardá y Salvany, el gran maestro del que con devoción queremos ser discípulos.

**Sección I.—«Plura ut unum».** En las páginas 4.<sup>a</sup> y 5.<sup>a</sup>, Jaime Botill nos habla de esta misteriosa predestinación del vecino y hermano reino de Portugal en las providenciales sendas del Reino de Dios: **Oporto y Fátima. Fátima es bien conocida. Oporto quizá no tanto como escenario de la comunicación del Señor con aquella religiosa, su sierva, que movió a León XIII, a consagrar el Universo entero a su Divino Corazón.**

El tiempo que ha transcurrido permite ya comentar, en las páginas 6.<sup>a</sup> y 7.<sup>a</sup>, **Los Mensajes de Navidad.** Se encarga de ello, Luis Luna. «Frente a la magnitud del desastre, no se ofrece otro remedio sino la vuelta a los altares».

Devoción a nuestro Padre: **Pío XII y la guerra. (Un Mal universal y Caridad universal)**, de Fraxinus Excelsior (páginas 8.<sup>a</sup> y 9.<sup>a</sup>). Y en la pág. 10.<sup>a</sup>, una anécdota que populariza sus tesoros de ternura: **Cuando S. S. el Papa Pío XII perdió su anillo**, por Antonio Pérez de Olaguer. En la pág. 11.<sup>a</sup>, **Una nueva proclamación del Decálogo**, sobre «La alegre noticia» del Sumo Pontífice, debida a la pluma de Jorge Elías.

Enaltecen las páginas centrales—12 y 13—la biografía y retrato de nuestro Papa.

**Sección II.—Del Tesoro Perenne. «Nova et Vétera».** En las páginas 14 y 15, José M.<sup>a</sup> Minoves, nos habla de «**El Alfa y Omega de un Pontificado**», refiriéndose a nuestro Padre común en su Encíclica «Summi Pontificatus».

Transcribimos a continuación (páginas 16, 17 y 18), un artículo, **El Pensamiento Libre**, de un escritor católico ochocentista, tan admirable como hoy injustamente olvidado, **José Selgas** (1824-1882).

**Sección III.—«A guisa de tertulia».** Aparece en este número y en las páginas 18 y 19, «**Una tertulia literaria del siglo XIX**», descrita donosamente por **Manuel Cañete** (1850), recordando como aquel escritor, José Selgas, en su juventud, y precisamente en una tertulia, fué presentado públicamente por primera vez.

**Sección IV.—«A la luz del Vaticano».** En fin. Después de tributar la debida pleitesía a nuestra Madre, en su advocación de Montserrat: **27 de Abril.—Nuestra Sra. de Montserrat. Comentario a las Cantigas del Rey Sabio**, por Francisco Salvá Miquel y Fragmento del Poema «**Montserrat**», de **Cristóbal de Virués**, y en las páginas 22 a 24, José-Oriol Cuffí nos ofrece su acostumbrado **Comentario Internacional**.

Completan este número, ilustraciones originales de Ignacio M.<sup>a</sup> Serra Goday y de M.<sup>a</sup> M. P.



# ARCAS "SOLER"

ALDANA, 3 y 5

TELÉFONO 31853



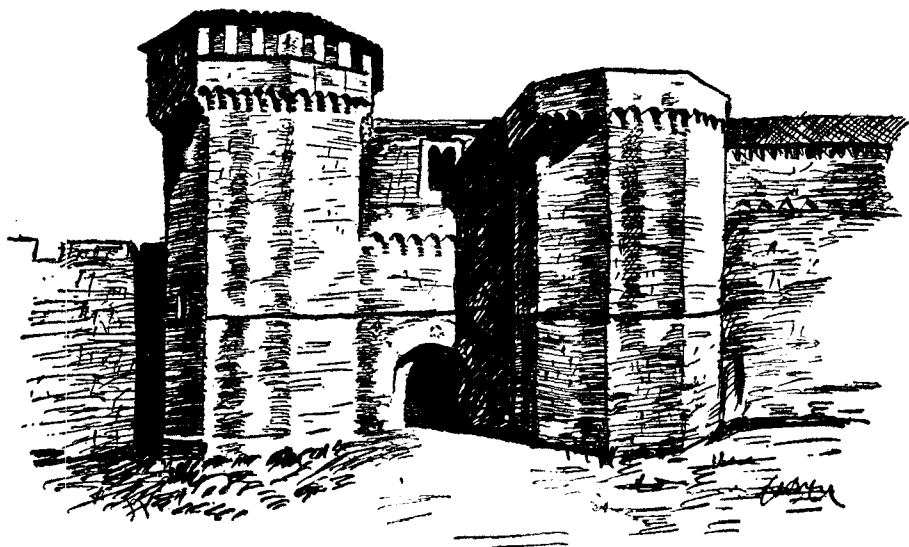
Las Arcas Soler son un bloque  
macizo (patentado)  
contra fuego, taladro y soplete.

BARCELONA

## *Excursionistas:*

VISITAD Y  
AYUDAD a la Reconstrucción del

Real Monasterio Cisterciense de Santa María de Poblet



(Provincia Tarragona)

# CRISTIANDAD

15 Abril de 1944

NÚMERO 2 - AÑO I  
SUSCRIPCIÓN ANUAL: 48'—Ptas.  
EJEMPLAR. . . . . 2'50 »

REVISTA QUINCENAL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:  
CASPE, 60, 2.º, 1.º. TEL. 24870  
B A R C E L O N A

## Dedicación a Pío XII

*Nadie lo ignora. Existe en el hombre la necesidad insuperable de poner en armonía sus creencias especulativas y sus tendencias prácticas. Y nadie ignora, tampoco, que la tendencia dominante en nuestras sociedades modernas es el afán de bienestar material.*

*Este deseo de bienestar ha llegado a ser tan universal y absorbente, que se ha pospuesto todo al interés material, precipitándose la corriente de las pasiones, la corrupción de las ideas y sucumbiendo todo a esta desatentada carrera.*

*El término de la misma no es difícil de conocer, pues la sociedad moderna nos lo pone brutalmente ante los ojos: es el materialismo, que rechaza como quiméricas las creencias que elevan el alma por encima de los intereses sensibles y de los bienes pasajeros y que tiende a acentuarse tanto más cuanto mayor es la inseguridad de la vida.*

*¿Podemos esperar un remedio a este mal, podemos esperar un alto o, incluso, una regresión en este camino, emprendido hace siglos y seguido día tras día a un ritmo cada vez más acelerado?*

\* \* \*

*A esta pregunta angustiosa, los Pontífices responden, con audacia humanamente inexplicable, que sí. La Iglesia tiene este remedio; y se atreven en su nombre a prometer los mayores bienes que ofrecerse pueden a la sociedad: la justicia y la paz, si la sociedad se presta a aceptarlos.*

*¿Es este ofrecimiento uno de tantos entre los muchos que la sociedad recibe en nuestro tiempo? La paz que el Papa nos ofrece, ¿es una quimera? Su lenguaje, ¿es un piadoso formulismo?*

*El espíritu de fe se revuelve contra estas hipótesis y viene a recordarnos que, entre las devociones que caracterizan el espíritu católico frente al protestantismo, una de las principales es la devoción al Romano Pontífice.*

*Esta devoción se nutre de confianza en la palabra del Papa, de la misma manera que exige, como consecuencia, un propósito sincero de poner en práctica sus enseñanzas en la medida de nuestras fuerzas.*

*Bien conocido es del lector que CRISTIANDAD tiene, como plan primordial, esparcir la semilla de este Evangelio de paz, hacernos eco de esta palabra pontificia de consolación. Sin embargo, para que sea mejor comprendida es requisito previo poner ante los ojos, siquiera sea en esbozo, las figuras de los Pontífices que, por ser contemporáneos nuestros, exponen la doctrina eterna de la Iglesia de un modo más directamente acomodado a nuestras inteligencias y a nuestras necesidades.*

\* \* \*

*De acuerdo con este plan, CRISTIANDAD dedica este número a presentar a sus lectores, con la más respetuosa veneración, con la más sumisa obediencia, con el más filial afecto, la egregia figura del Pontífice Pío XII, felizmente reinante.*



# Algunas consideraciones sobre el Himno X «Circa Exequias», de Prudencio



Uno de los más bellos aspectos de la doctrina de Cristo es, indudablemente, la resurrección de la carne. Es la gran aurora de esperanza que responde plenamente a las ansias de inmortalidad que todos, en frase de San Agustín, llevamos dentro del corazón, sin reposo posible hasta que la alcance. El tema, tan sugestivo, se encuentra ya en escritores paganos, y Cicerón mismo (en el «Sueño de Scipión») proclama ya la inmortalidad de las almas y la vuelta de ellas a su Patria celestial, de donde salieron una vez más para animar los cuerpos. Mas le ha faltado, como en general a todos los escritores paganos, aquella luz clara, guía segura y firme del pensamiento errante, que es Cristo Jesús.

Pero frente a la sombra, siempre temerosa, de la muerte, caben dos posiciones: una, que sólo ve y expresa el aspecto sombrío y lúgubre del acabamiento de una existencia con todas sus angustiadas circunstancias, sin excluir por ello la creencia y la esperanza de una Resurrección, pero que queda como oscurecida por el recargar intenso del momento actual de la muerte misma. La otra posición es la de iluminar el trance doloroso con los claros resplandores del glorioso mañana de la Resurrección. Tomás Celano, con su «Dies irae», es un ejemplo de la primera posición, porque, como dice Mosén Lorenzo Ribera en su libro sobre Aurelio Prudencio, «para quien ha concebido así la poesía de la muerte, hacedle oír bajo las bóvedas sacras, llenas de tinieblas y rociadas de luces amarillas, las estrofas de la prosa de Tomás Celano».

Nuestro Prudencio, en cambio, adopta la segunda posición, y en el himno X de su «Cathemerinon», entona un canto sublime de consoladora esperanza en torno a las exequias de un difunto. He aquí la invocación:

«Dios, ígnea fuente de las almas, que, asociando el elemento mortal y el eterno, creaste al hombre, tuyos son los dos, y a Ti, mientras duran unidos, sirve esta unión de alma y cuerpo.» (1)

Luego, estos dos elementos se disociarán, porque es ley inexorable que todas las cosas creadas vayan envejeciendo para terminar en su disolución, que es su muerte.

«Pero Tú — dice Prudencio en un arranque magnífico de confiada esperanza en Dios — estás dispuesto a evitar a tus siervos esta clase de muerte, mostrándoles el camino en donde su cuerpo resurja. En tanto, presa como en una cárcel, está ligada la parte más noble de nuestro ser a la perecedera, bien que aquella, que trae del cielo su origen, se levante más poderosa.

Porque el cuerpo que ahora vemos descansar sin alma, dentro de poco volverá a juntarse con ella. Pronto vendrá el tiempo en que el calor del alma vuelva a los huesos — es decir, al cuerpo muerto — y anime su primitiva morada con el fluir de la sangre.» (2)

(1) Deus, ígneae fons animarum, — duo qui socians elementa, — vivum simul, ac moribundum, — hominem, Pater, effigiasti. — Tua sunt, (ua, rector, utraque, — tibi copula iungitur horum: — tibi, dum vegetata cohaerent, — et spiritus et caro servit.

(2) Hanc tu, Deus optime, mortem — famulis abolere paratus — iter inviolabile monstras, — quo perdita membra resurgant, — Ut, dum generosa caducis, — ceu carcere clausa, ligantur, — para illa potentior extet, — quae germen aethere traxit.

Nam quod requiescere corpus — vacuum sine mente videmus, — spatium breve restat, ut alti — repetat collegia sensus. — Venient cito secula, quum iam, — socius calor ossa revisat, — animataque sanguine vivo — habitacula pristina gestet.

Y en un encadenamiento lógico de ideas, pasa a hablar del piadoso cuidado que los cristianos dispensan a los sepulcros, como custodios de unos cuerpos no para siempre perdidos (¡cómo y con qué fruición repite esta idea que despierta en nosotros, al leerla, idéntico entusiasmado ardor de esperanza!), sino llamados a una resurrección que les llevará a la eternidad. Por esto los cristianos quieren hermosos mausoleos para sus muertos, porque no les creen muertos, sino dormidos. (Es más, la palabra «cementerio» — *coemeterium*, en latín — viene del griego *κοιμητήριον* que significa dormitorio, sitio en donde se duerme.)

Dice luego que lleva a cabo una obra grata a los ojos de Cristo omnipotente, aquel que, piadoso, entierra a los muertos; porque la ley de la muerte nos avisa que una es la suerte o destino de todos y en la pérdida de los otros lloramos también la de nuestros propios deudos. Y, según la costumbre tan cara a nuestro poeta, amplifica su composición introduciendo en este punto el relato de Tobías, del que saca a continuación estas reflexiones: De la misma manera que Tobías pasó ciego una época de su vida y Dios le devolvió la vista como premio a su caridad de enterrar a los muertos, así también nadie verá el Reino de los Cielos, si antes no ha sufrido, en la noche de la tribulación y en la herida del dolor, las penalidades de este mundo. Son estas reflexiones como un paréntesis de sombra en medio de la luz espléndida de este himno, pero no tarda en volver nuevamente a ella, proclamando que:

«A este rostro lívido, corrompido por la muerte, la sangre volverá su color un día y será entonces más hermoso que todas las flores.» (1)

Y junta así, con la renovada esperanza, una de las más bellas expresiones poéticas.

Por ello, no debemos llorar desesperados ante la muerte de un ser querido, y Prudencio pide a las madres doloridas por la pérdida de sus hijos, que suspendan sus lágrimas, y a todos, en suma, que nadie lamente la ausencia de los que salieron de este mundo, porque

*mors haec reparatio vitae est,*

esta muerte terrena no es más que una renovación de la verdadera vida. Y en este punto sírvese Prudencio de una comparación sacada de la agricultura — procedimiento tan querido a sus modelos, especialmente a Virgilio —:

«Así, también reverdecen las semillas secas y sepultadas en la tierra y lanzan afuera sus espigas.» (2)

Pero, en tanto llega el día glorioso de la Resurrección, confiamos a la tierra los cuerpos muertos, estos cuerpos que fueron en vida (según la frase magnífica de Prudencio), «casas del alma, creadas por la palabra del Hacedor» (3).

Pide a la tierra que guarde amorosa los cuerpos que se le confían, porque, cuando Dios «llene toda la esperanza» (4), esto es, cuando se cumpla el tiempo señalado para su venida sobre la tierra, es necesario que ésta nos de-

(1) Haec, quae modo palida iabo — color albidus inficit, ora — tunc flore venustior omni — sanguis cute tingit amoena.

(2) Sic semina sicca virescunt — iam mortua, iamque sepulta! — quae reddita caespiti ab imo — veteres meditantur aristas.

(3) Animae fuit haec domus olim, — factoris ab ore creatae.

(4) Cum spem Deus impleat omnem.

vuelva los cuerpos mismos que le confiamos. Y así será, porque aun cuando el paso de los años los redujese a un minúsculo puñadico de polvo que los vientos arrastraran disperso,

*nec... hominem periüsse licebit,*

el hombre no perecería.

Hermoso sobre toda ponderación, este verso es más bien un grito de fe viva y ardorosa esperanza, escapado del pecho ferviente de Prudencio; frente a las negaciones de los filósofos paganos o a sus incertidumbres, se alza terminante y franca, esta sublime exclamación del poeta hispano-latino: «¡El hombre no perecerá!»

Los últimos versos sostienen y aun superan este arranque gradioso de confiada esperanza, y pienso que nada puede dar mejor idea de ellos que transcribirlos aquí, libres de todo comentario. Terminan, pues, el himno, y dicen así:

«He ahí abierto a los fieles el camino de luz del Paraíso, que fué arrebatado al hombre por la serpiente; yo te ruego, Señor, que consagres mi alma a tu servicio en esta mansión, que abandonó una vez para vagar, desterrada, por la tierra. Y nosotros, en tanto, cubriremos de rosas los cuerpos y esparciremos líquidos perfumes sobre la piedra fría del sepulcro.» (1)

JOAQUÍN FLORIT GARCÍA.

*Catedrático*

*de Lengua y Literatura latinas*

(1) Patet ecce fidelibus ampli — via lucida iam paradisi, — licet et nemo illud adire, — homini quod ademerat anguis. — Illic, precor, optime ductor, — famulam tibi praecipe mentem — genitalem in sede sacrari, — quam liquerat exul et errans. — Nos tecta fovebimus ossa — violis et fronde sequenti: — titulumque et frigida saxa — liquido spargemus odore.

# PASCUA DE RESURRECCION

Dr. Sardá y Salvany

.....

¿Muerto? Sí, muerto y tan muerto que nadie pudo abrigar duda alguna sobre la realidad de su defunción.

Muerto en público; en virtud de jurídica sentencia; por mano de verdugo al efecto pagado; el modo más ignominioso de ajusticiar que en su tiempo se usaba; ante millares de curiosos testigos de vista; bajo la fe de un centurión y escuadra de legionarios romanos, encargados de autorizar el acto.

Muerto con refinamientos de crueldad que hubieran acelerado en cualquier otro reo el supremo instante; muerto, y en esta situación dejado tres horas, por lo menos, en la cruz, o sea desde las tres de la tarde al anochecer; y luego depuesto, previa autorización gubernativa dada después del informe oficial de quien por la autoridad fué llamado a darlo en debida forma.

Muerto, y para mayor confirmación, sepultado. Y no de cualquier manera o de tapadillo, sino mediando en el sepelio la autoridad, a petición de los mismos enconados adversarios de la Víctima; sellada con los sellos del gobernador la abertura del sepulcro; puesto retén de guardias armados en torno y para vigilancia de él.

Nadie pudo, pues, racionalmente dudar de que quedaba muerto, bien muerto, aseguradamente muerto, aquel extraño reo a quien llamaron Jesús Nazareno, Rey de los judíos.

Y, no obstante, ¡al día tercero se supo que había resucitado!

¿Resucitado? Sí, resucitado, es decir, vivo otra vez, libre de la lobreguez del sepulcro, glorioso, con nueva existencia, y otra vez, ya para siempre, inmortal.

Resucitado; y como tal le vieron en primer término los guardas, y se les ofreció dinero para que jurasen que, dormidos ellos, robaron y transpusieron los discípulos el cadáver. Le vieron, aparte de su Madre, María Magdalena, Pedro el pescador, los dos de Emaús, Tomás el desconfiado y sus compañeros, y más de quinientos a quienes apareció en Galilea.

Resucitado; y empezaron a publicarlo así cuantos no tenían interés en ocultar el hecho; los mismos que,

seducidos, habían pedido ante el balcón de Pilatos su muerte en cruz; los que entre befas y escarnios le habían visto arrastrado al Calvario.

Resucitado; y no se recataban de confesarlo y atestiguarlo ante los Príncipes de la cruel Sinagoga y ante Anás y Caifás, y Herodes y Pilatos, autores de su muerte, y lo repetían ante horribles tribunales, y no lo callaban bajo el crujir de los azotes ni a presencia de la muerte.

Resucitado; y salió de Judea la feliz nueva, y la aceptó el mundo gentil, el griego con todo su saber, el romano con su alta política, el bárbaro con su indómita fiereza; y por más que se empeñó durante tres siglos de sangrienta persecución en ahogarla el infierno, siguió el mundo creyendo, publicando y transmitiendo a todas las edades y gentes la incontestable verdad.

Resucitado; y en fe de ello dejó el muerto-vivo fundada una Iglesia, erigida una sucesión de Pontífices, herida de muerte para siempre la idolatría, congregando un nuevo pueblo, glorificada la cruz, cambiando el mundo.

¡Santa Iglesia de Dios, Esposa de Cristo, heredera de su fe, depositaria de su honor, prenda inmortal de su victoria!

¡Tú también, Madre mía, eres la pasada de moda en todos los siglos y la en todos ellos lozana y sonriente con eterna juventud!

¡Tú, muriendo siempre, nunca acabas de morir; tú, siempre sepultada, vas sepultando uno tras otro a todos tus afanosos enterradores!

Hace diecinueve siglos, Pilatos; más tarde, Nerón y Juliano; después, otros ciento y otros mil; en nuestros mismos días, la Masonería; al último de todos, el feroz Anticristo.

¡Todos han muerto o morirán, y tú, Madre mía, tú, siempre en pie!

¡Tú, siempre triunfante sobre este abierto sepulcro, del cual no salen, como de los otros, hedores de corrupción y muerte, sino alientos de vida, de resurrección y de indefectible esperanza!

.....



# OPORTO y FATIMA



Ciudad natal de  
María Droste Vischering

Un sol primaveral que, adelantándose al tiempo, vencía fácilmente la neblina que, cada mañana, se eleva como un vaho de las calles de Barcelona, iluminaba, una tarde de primeros de febrero, el espectáculo de la «rúa», que, como cada año, transcurría en las Ramblas. Era domingo de Carnaval, hace exactamente cincuenta años. El «entierro de la sardina» llevó, el miércoles de ceniza, mucha afluencia de gente a las laderas de Montjuich, para hacer exhibición pública de la infracción de la ley de ayuno y abstinencia; y por las noches, aquel mismo gentío estaba solicitado por toda clase de espectáculos, que iban degenerando rápidamente en su dignidad.

Otras manifestaciones más impresionantes, si no más trágicas, tenían lugar, sin embargo, en el ambiente de la Ciudad Condal. En efecto: la bomba que había estallado en el Liceo, hacía cuatro meses justos, no constituía un hecho aislado, sino que los atentados anarquistas se sucedían con frecuencia. Justamente, la Policía descubrió, por aquella fecha, un importante depósito de dinamita en la vecina villa de Gracia; y sólo la actividad del somatén lograba evitar que se extendiesen por Cataluña los saqueos que estaban devastando el campo, en otras regiones españolas.

Y ¿qué ocurría fuera de España? En aquellos días, en medio de un gran despliegue de fuerzas y de las mayores precauciones, acababa de ser ejecutado Vaillant, el anarquista francés que había intentado hacer volar la Cámara; y estas noticias del extranjero repercutían en Barcelona, como en todas partes, aplanando o excitando los ánimos más reflexivos.

Así, no es de extrañar que, cuando el domingo, durante una función de desagravio celebrada en una de las parroquias de la ciudad, se desplomó una araña del techo con el consiguiente estrépito, se produjera la natural alarma y el mismo oficiante se volviera sobresaltado.

Únicamente una joven de unos treinta años, bella, esbelta, de facciones que acusaban inconfundiblemente su origen alemán, dominó su miedo y su curiosidad y continuó, recogida, su oración. La viajera vestía el hábito del Buen Pastor, y nadie hubiera sospechado en ella a la mayor de las hijas de los condes de Droste Vischering, cuyo padre formaba parte del Reichstag, en las filas de Windhorst, y que tenía por tíos carnales a tres obispos, célebres en las luchas de la Fe.

\* \* \*

Han pasado cuatro años. El Carnaval sigue aún su «rúa». Pero esta vez no lo contemplamos desde las playas del Mediterráneo, sino desde las del Atlántico. Un gran edificio, apartado del centro de la ciudad, con un jardín adornado de hermosos naranjos y limoneros, domina los demás edificios que se extienden a sus pies y la campiña que los circunda; campiña célebre por los vinos que produce en ella la suavidad de su clima.

La joven que hace cuatro años habíamos encontrado de paso en Barcelona, es ahora superiora del convento del Buen Pastor, de Oporto. Desde hace tiempo, yace inmo-

vilizada por una enfermedad medular; pero su habitación comunica, por una pequeña ventana, con la capilla de la casa, y ha pasado dos horas ante el Santísimo.

Arde en deseos de expiar los crímenes que en este día de Carnaval se cometen, y renueva al Corazón de Cristo el sacrificio que otras veces le ha hecho de todo su ser.

«Eres la Esposa de mi Corazón», habíale dicho el Señor, un tiempo antes; y desde entonces, no anhelaba otra cosa que verse clavada con El en la cruz.

La enfermedad dolorosísima que está soportando, no puede arrancarle la menor queja de impaciencia: trata sólo de aprovecharla lo mejor posible, para hacer más perfecta su inmolación.

Pero un sacrificio más grave va a pedirle el Señor; un sacrificio que le exigirá dominar sus sentimientos más íntimos: debe dirigirse al Papa para rogarle que lleve a efecto la consagración de todo el género humano al Sagrado Corazón de Jesús.

Veinticinco años habían pasado desde que Pío IX, respondiendo a instancias recibidas del mundo entero, había hecho circular a todos los Obispos una fórmula de consagración que había de ser rezada por ellos, por sus sacerdotes y por los fieles. Era como una consagración de la Iglesia al Corazón de Cristo. Pero lo que el Señor pide ahora, repetidamente, a la religiosa de Oporto, es algo más: es la consagración de todo el orbe. «Su divino Corazón tiene hambre y sed: desea abrasar al mundo entero en las llamas de su amor y de su misericordia...» «Llamábame esposa de su Corazón y, como esposa, me hacía este ruego: escribir a Roma cuanto antes. ¿Podía yo rehusarlo?»

Este mensaje impresionó a León XIII. «Hay en el mundo — dijo a un visitante — almas santas que reciben comunicaciones del cielo... ¿Qué diríais si alguien os manifestara un pensamiento conservado, desde tiempo, en el fondo de vuestro corazón, sin haberlo comunicado a nadie? Es lo que me ha sucedido a propósito de la Consagración del Universo al Sagrado Corazón de Jesús.»

Transcurren varios meses. La enfermedad vuelve a posar a la Madre, después de estos hechos. Un tercer Carnaval viene a desarrollarse a los pies de su convento, mientras ella no ha vuelto aún a su estado ordinario. No obstante, su director espiritual, Rector del Seminario, recibe aquel día este billete, escrito con lápiz: «Ayer no tuve tiempo de pedir permiso para suplicar al Señor que aumente mis sufrimientos en los días de Carnaval; ¡lo deseo tanto!»

Por la humildad, la oración y los sufrimientos, el Señor cuidaba de preparar y conservar a su Esposa para ser una embajadora perfecta de sus planes, ante su Vicario en la tierra.

\* \* \*

Volvamos a Roma. Siguiendo el prudente criterio que siempre había servido de norma a sus predecesores en el Solio Pontificio, León XIII quiso apoyar su decisión en otras bases que en una revelación privada: consultó a diferentes teólogos. Esta era la causa de la dilación dada al asunto que nos ocupa. La idea de consagrar al Redentor almas extrañas a la Iglesia, encontró algunas oposiciones; pero el Cardenal Mazella, prefecto de la Congregación de Ritos, las disipó al recordar que, tanto San Agustín como Santo Tomás, exponiendo la doctrina de la

Iglesia, enseñan que, si bien el infiel no está sometido a Jesucristo en cuanto al *ejercicio* de su poder — *quantum ad executionem potestatis* —, todo hombre, sea quien sea, le está sometido en cuanto a este poder mismo — *quantum ad potestatem* —, y que uno y otro autor no hacen más que apoyarse en la doctrina de San Pablo, cuando enseña que «el Cristo se ha entregado para la redención de todos».

El 25 de mayo de aquel año — 1899 —, aparecía la Encíclica «Annum Sacrum»; la Madre María del Divino Corazón — tal era su nombre en el claustro — había fallecido pocos días antes.

\* \* \*

¿Y la consagración al Corazón de María, hace un año efectuada por el Papa actual, en circunstancias especialmente trágicas, que, por desdicha, aun perduran?

Otro nombre portugués, otro nombre de la nación vecina, va de nuevo enlazado con ella: Fátima. La sucinta exposición de estos hechos va a constituir la segunda parte de este artículo.

## II

El año de 1917, tercero de la guerra europea, estuvo caracterizado por un hecho de la mayor trascendencia: el hundimiento político y militar de Rusia.

Inmediatamente, la fina balanza de la guerra reacciona ante ello, y su fiel se inclina, por un tiempo, del lado de los imperios centrales. Italia nota pronto sus efectos; y así, el día 20 de octubre, sufre la derrota del Isonzo, que amenaza ponerla en condiciones análogas a las de Bélgica y Rumanía. Los países de la «Entente» corren en su auxilio, y buscan en los Estados Unidos, y también en el Japón, la manera de reforzar sus efectivos.

Una semana antes, día por día, acontecimientos de naturaleza muy distinta se suceden en Portugal. Soprotando torrencial lluvia, una multitud de cincuenta a setenta mil personas, animada de los sentimientos más diversos, está esperando que se produzca *una aparición de la Virgen, anunciada de antemano*. En efecto: por espacio de cinco meses consecutivos, ha venido apareciéndose a los hermanos Francisco y Jacinta Marto, y a su prima Lucía — los tres, pastores y menores de diez años —; y durante este tiempo, la curiosidad de sus convecinos, la incredulidad de los prudentes y el sectarismo de las autoridades locales les ha hecho sufrir ya muchas penalidades.

¿Qué les manifestará hoy la Virgen?

A la hora fijada, no falta la Señora a la cita. Lucía, única en dirigirla la palabra, se atreve a preguntar: «¿Quién sois Vos y qué queréis de mí?»

Y la visión le responde que es Nuestra Señora del Rosario; que no se ofenda más a Dios, que es ya en demasía ofendido, y que se rece el Rosario y se pida perdón de los pecados.

Cuatro meses antes ya les había dicho: «...Sabed que está próximo el castigo del mundo por sus muchos delitos, mediante la guerra, el hambre y las persecuciones contra la Iglesia y contra el Padre Santo. Para impedir esto, vendré a pedir la consagración del mundo a mi Corazón Inmaculado y la comunión reparadora los primeros sábados de mes. Rusia se convertirá y habrá paz...»

Poco tiempo después, el 7 de noviembre, estalla contra el Gobierno provisional ruso la revuelta bolchevique. Todos sus miembros son detenidos, excepto su presidente, Kerensky, que logra escapar. El nuevo gobierno pacta la paz, concede la independencia a Finlandia... La era comunista había empezado en Rusia.

«Al fin, mi Corazón Inmaculado triunfará.» Con estas palabras, sin embargo, había terminado la Virgen su pronóstico de los males que iban a azotar al mundo, caso de que desoyese su llamamiento: «Una propaganda impía difundirá por el mundo sus errores, suscitando guerras y persecuciones contra la Iglesia; muchos buenos serán martirizados, el Padre Santo tendrá mucho que sufrir...», pero «al fin, mi Corazón inmaculado triunfará».

La consagración del mundo al Purísimo Corazón de María debe ser el primer galardón de este triunfo. Y como garantía de la verdad de estas palabras, no solamente Lucía y sus primos, sino todas las personas presentes en la «Cova de Irla», aquel día 13 de octubre, son testigos de un portento estupendo, de naturaleza jamás vista hasta entonces: el disco solar aparece presa del vértigo del movimiento. No es el centelleo de una estrella, sino que gira sobre sí con una velocidad arrolladora, lanzando en todas direcciones fajas de luz de los colores más variados, como el más brillante de los fuegos artificiales.

Y, de repente, de la muchedumbre embelesada sale un clamoreo, cual grito de angustia: el sol, conservando su velocidad de rotación, se desprende del firmamento y avanza sobre la tierra, amenazando aplastar a todos bajo el peso de su ingente mole de fuego...

\* \* \*

«Yo soy la Inmaculada Concepción», había dicho María a Bernardeta Soubirous, en la cueva de Lourdes. «Reinaré», había afirmado, unos siglos antes, el Corazón de Cristo a Santa Margarita María de Alacoque. Y estos dos dramas celestiales, que tuvieron en Francia su origen, han tenido, uno y otro, en Portugal, su epílogo.

¿Qué relación guardan entre sí la Consagración del mundo entero al Corazón de Jesús, llevada a efecto por León XIII al expirar el siglo, y la reciente consagración al Corazón de María, que se ha presentado acompañada de un notable renacimiento de fervor hacia la Inmaculada Madre de Dios?

A propósito de las revelaciones de Fátima, se ha hablado de la misión providencial de Portugal, y los católicos del mundo entero se han congratulado con sus hermanos de esta nación, recordando su tradicional apelación de «tierra de la Virgen». Y, sin embargo, no se ha hecho notar hasta ahora, que sepamos, que, *no una, sino dos* consagraciones, llevadas a cabo por los Pontífices de la Iglesia Católica, han recibido su último impulso desde la nación vecina. Parece que estas preferencias exigen de ella una especial correspondencia a la gracia. Baste, para este artículo, haber hecho resaltar esta providencial coincidencia.

JAIME BOFILL

Catedrático de Filosofía



# Los mensajes de Navidad

*Frente a la magnitud del desastre, no se ofrece otro remedio sino la vuelta a los altares. — Pío XII*

Desde que la guerra, haciendo realidad material lo que ya era lucha en los espíritus, lanzó su primer rayo de muerte sobre nuestra vieja Europa, no ha faltado nunca la voz serena y angustiada del Vicario de Cristo, llamando a los países beligerantes para que emprendiesen el camino de la paz.

Los mensajes de Navidad son el fiel exponente de ese anhelo de Su Santidad el Papa. Pero no son sólo un llamamiento para que se depongan las armas, sino una exposición sincera de las bases y condiciones según las cuales habrá de ordenarse la postguerra; contraponiendo valientemente al lema que adoptan todos los beligerantes, «La Paz es obra de la Victoria», el lema eterno de la Iglesia: «La Paz es obra de la Justicia».

## Base fundamental

Premisa esencial para alcanzar esa paz augusta, y para que sea verdaderamente duradera y fructífera, es que los futuros ordenadores del mundo estén animados de un hondo espíritu cristiano, sin el cual «hasta los reglamentos mejores y más complejos serían imperfectos y estarían condenados, en definitiva, al fracaso». Espíritu cristiano en el que se compendia «aquel sentido de íntima y aguda responsabilidad que mide y pondera los estatutos humanos según las santas e inderrribables normas del derecho divino; aquella hambre y sed de justicia que fué proclamada como bienaventuranza en el Sermón de la Montaña y que tiene como natural presupuesto la justicia moral; aquel amor universal que es el compendio y fin de los ideales cristianos, y que puede lanzar un puente incluso a aquellos que no gozan del bien de participar de nuestra misma fe».

## El derecho a la vida

Primer postulado necesario para la nueva estructuración mundial es el «asegurar el derecho a la vida y a la independencia de todas las naciones, grandes y pequeñas, potentes o débiles». Si alguien dijo que amor es ley en la vida, justo es que reconozcamos que sin este amor no es posible llegar a un efectivo bienestar, no ya sólo familiar y social, sino también nacional y aun internacional. Dios, supremo ordenador, reparte sus dones por el mundo, poniéndolos siempre al servicio del bien común y de la salvación de los hombres.

Por tanto, el supremo fin del hombre es su salvación eterna, y si nuestra estancia en la tierra es sólo temporal, no puede reconocerse como legítimo el afán que mueva a una nación a promover la guerra, por sólo el dominio sobre una mayor extensión territorial a costa de la vida y libertad de otras naciones. La suprema ordenación mundial ha de ir encaminada a colocar a cada nación en el lugar que la corresponda, para lograr en todo el mundo un bien espiritual, a la par que material; teniendo siem-

pre en cuenta que no se han hecho las almas para salvar naciones, sino las naciones para salvar almas.

Dice el Papa, en frase tajante, que «la voluntad de una nación no puede suponer jamás la sentencia de muerte de otra». Criminal es que la nación vencedora se ensañe con la vencida hasta aniquilarla por completo. Criminal y cobarde a la vez. Así como el aprovecharse de una indudable supremacía material para aherrojar a las naciones pequeñas en una situación de vasallaje vergonzoso.

## Las minorías nacionales

Segunda condición esencial para el nuevo orden en la postguerra, es el no dar lugar «a la opresión abierta o solapada de las peculiaridades culturales y lingüísticas de las minorías nacionales, para impedir y disminuir su capacidad económica, para la limitación o abolición de su natural fecundidad».

Error sería que, después de la contienda, surgieran otros Estados completamente nuevos y artificiales, hechos al capricho de la nación o naciones que logren el triunfo de sus armas. Y error en dos conceptos: en cuanto significa opresión de las minorías que han de someterse forzosamente al capricho y voluntad del creador de nuevos Estados, y en cuanto está condenado al fracaso más rotundo, porque es lógico que las minorías dañadas ardan en deseos de rebelión y aun de independencia, y con ello la paz conseguida es verdaderamente ficticia y poco durable. Sería una paz impuesta a la fuerza y contra la cual la dignidad nacional levantaría su voz de protesta.

El sistema liberal pudo creer en la utopía de que las constituciones se bastaban para reformar y conducir a los pueblos. El materialismo de hoy, quiere igualmente encontrar la unidad, que da la fuerza, en una uniformidad en todos los aspectos y manifestaciones de los pueblos. Pero la Iglesia, espíritu triunfante sobre la materia, le da un ejemplo bien diferente: el de una misma creencia universal extendida entre europeos, americanos, asiáticos y africanos, tan diferentes unos de otros en su ser, en sus costumbres, en sus caracteres. Y es que cuando la supremacía del espíritu es plena, bien poco importan las múltiples diferencias materiales.

Respetando, pues, las minorías nacionales, cuyas peticiones «deben ser objeto de un examen benévolo para procurar satisfacerlas por vías pacíficas», podrá el mundo contar con otra de las bases imprescindibles para mantener la paz, pues al respetar y reconocer sus indiscutibles derechos «se alejarían muchos incentivos de recurrir a la violencia».

## La normalización económica

Asegurada la independencia de los pueblos y reivindicados los derechos de las minorías nacionales, en la ordenación de la paz que el Papa propone, no caben «los estrechos cálculos egoístas que tienden a acaparar las fuentes económicas y los materiales de uso común, de modo que las naciones menos favorecidas por la Naturaleza queden excluidas».



Es, sin duda, la normalización económica en el nuevo orden internacional, una de las premisas esenciales para lograr que la paz sea realmente efectiva.

Supuesto el caso, más que posible, cierto, de una carestía general al terminar la contienda, es indudable que la buena comprensión y administración de aquellos países a los cuales será dable remediar las necesidades mundiales, puede coartar el rencor, la envidia, y merecer el agradecimiento de todas las demás naciones.

Es preciso, sin embargo, que un alto espíritu de hermandad universal y caridad cristiana anime a los propulsores del nuevo orden. Si sus móviles son egoístas, si su desprendimiento no es puramente desinteresado y en su actuación sólo buscan un mayor provecho para sí mismos, ya sea próximo o remoto; si no se llega a la equidad económica mundial, suprimiendo el dominio arbitrario y la explotación continuada de unos países sobre otros, es indudable, que, como dice Pío XII, «quedaría en las relaciones entre los pueblos una vasta y profunda raíz de la que brotarían amargas luchas y desesperados celos, que terminarían por conducir a nuevos conflictos».

Es también indudable que, según como transcurrieran las relaciones económicas, se sentiría ofendida la dignidad nacional; los que pudieron parecer simples conflictos materiales se tornarían en conflictos morales, y unos y otros, aunados, llevarían a una nueva hecatombe bélica.

### Limitación de los armamentos

Sentado el nuevo orden internacional sobre los principios morales del Cristianismo, «no hay lugar, una vez eliminados los focos más peligrosos de conflictos armados, para una guerra total o una desenfrenada carrera de armamentos».

No se debe permitir que la desgracia de una guerra mundial, con sus ruinas económicas y sociales, sus aberraciones y perturbaciones morales, caiga por tercera vez sobre la humanidad. Para que ésta sea protegida de tal azote es necesario que se proceda con serenidad y honestidad a una limitación progresiva y adecuada de los armamentos.

En este problema es, tal vez, en el que más se evidencia la necesidad de que las relaciones entre los pueblos se fundamenten de nuevo sobre los principios cristianos. Nunca será posible, sin esta condición, un verdadero desarme. ¡Y cuán lejos estamos de ello!

Y, con todo, ¿no parece mucho más racional que el enorme gravamen que supone para las naciones un potente armamento, gravamen que sólo se emplea para sembrar la muerte, la destrucción y el dolor, se utilice para contribuir espléndidamente al bienestar y al orden, a la tranquilidad y a la paz, tanto interiores como exteriores, de que tan necesitados están los pueblos? ¿No nos hemos hecho nosotros esta otra consideración? Por otra parte, es indudable que los pueblos han de contar con elementos para su defensa y para su propia seguridad, así exterior como interior.

### Cese de la persecución religiosa

«En el campo de una nueva ordenación fundada sobre los principios morales, no hay lugar para la persecución de la Religión y de la Iglesia.» Con esta premisa esen-

cial termina el Papa la enumeración de las necesarias para un nuevo orden internacional, hecha en su Mensaje de Navidad del año 1941.

Grandes males se acarrearán sobre las naciones cuando la Iglesia es perseguida o su voz es velada, ya sea abierta o solapadamente. Representando ella la integridad moral, es preciso reconocer que cuando, de algún modo, se ponen trabas a su actuación bienhechora, se da rienda suelta a todo lo que es antítesis de su espíritu. Y así, penetran en los pueblos la inmoralidad en todos los aspectos, el egoísmo, la ambición, el rencor, la maledicencia, el malestar, el odio y el crimen, arrastrando tras sí una larga cadena de maldades y de luchas que acaba con la paz de las almas y con la paz de los pueblos.

Es necesario que cese por completo la persecución religiosa; que las naciones y Estados reconozcan la bondad de la fe y confiesen públicamente su adhesión a la Iglesia; que eviten toda intromisión o entorpecimiento en sus funciones.

### Esperanza del Papa

Dice Pío XII: «Cuando otros se desconciertan y se sumergen en las aguas de la aflicción y aun se desesperan, las almas en las que vive Cristo todo lo pueden y se levantan sobre los desórdenes y las tormentas del mundo con ardor y valentía siempre iguales. Bajo las tempestades se sienten superiores a sus torbellinos.»

Y afirma en otro Mensaje: «Mientras la incredulidad que se enfrenta contra Dios, *ordenador del Universo*, es el más peligroso enemigo de un justo orden nuevo, *todo hombre creyente en Dios, es, en cambio, su poderoso cantor y paladín*. La fe, que es capaz de las grandes abnegaciones y de los mayores sacrificios, ha de «brillar mucho más en momentos en que, tanto al hombre de Estado cuanto al último de los ciudadanos, se exige el máximo de valor y de energía moral para reconstruir una nueva Europa y un mundo nuevo.»

El nuevo orden internacional, en la paz honrosa y justa, es posible. La Iglesia, forjada en la tribulación, lo proclamará siempre, pese a los duros azares y contrariedades que el mundo le imponga. *No importa que su voz sea desoída: por eso no callará. La Verdad, la única verdad, está con ella.*

Iluminada por la gracia del Espíritu Santo, tiene fundada esperanza de que la paz de Cristo será realidad para los pueblos de la tierra. Sobre las miserias, los crímenes, las calamidades y los horrores que la guerra ha acumulado sobre las naciones, como la consecuencia final de la corrupción de un mundo que vive encenagado en los abismos tenebrosos del pecado, brillará de nuevo un día la luz clara del Dios Eterno, del Redentor Humano; y serán realidad aquellas palabras de esperanza que, mientras estallaba la guerra, escribía Pío XII en su Encíclica «*Summi Pontificatus*»: *el sublime precepto del Divino Maestro, el testamento más sagrado de su corazón; UT OMNES UNUM SINT; que vivan todos en aquella unidad de fe y de amor, por la que reconozca el mundo la potencia y la eficacia de la misión de Cristo y de la obra de su Iglesia.*

LUIS LUNA.



# PIO XII Y LA GUERRA

## Un Mal universal y Caridad universal

En la Encíclica «Summi Pontificatus», a cuyo comentario está dedicada una parte importante del presente número de *CRISTIANDAD*, hay algunos párrafos que llaman la atención por estar huérfanos en absoluto de las citas de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres que, por lo demás, con tanta abundancia esmaltan el resto de esta Encíclica y, en general, todos los textos emanados del Pontífice felizmente reinante. Estos párrafos que, con toda la pureza de su estilo, parecen exhalados directamente por el corazón paternal de Su Santidad, son aquellos en que se alude a «la más formidable, destructora y desoladora guerra de todos los tiempos», la guerra terrible que todos recordamos cómo empezó el día primero de septiembre de 1939 y que sólo la Divina Providencia, en sus arcanos designios, sabe cómo y cuándo terminará.

El mismo Padre Santo nos explica de qué manera el estallido de la guerra perturbó el redactado de la Encíclica: «En el momento que escribimos estas líneas, nos llega la espantosa noticia de que, no obstante todos nuestros esfuerzos por conjurarlo, el terrible huracán de la guerra se ha desencadenado ya. Nuestra pluma quisiera detenerse ante el pensamiento, que nos abruma, del abismo de sufrimientos de un sinnúmero de personas a las que todavía ayer sonreía un rayo de bienestar modesto en el ambiente familiar. Nuestro corazón paternal se llena de angustias al prever todo lo que podrá brotar de la tenebrosa semilla de la violencia y del odio, a los que la espada abre hoy surcos sangrientos.»

Y en la misma Encíclica, escrita en una época en que ya era notoriamente peligroso demostrar simpatía hacia las víctimas de los primeros lances, pregunta luego:

«¿Necesitamos asegurar que nuestro corazón paternal de amor compasivo está cercano a todos sus hijos y, de modo especial, a los atribulados, a los oprimidos, a los perseguidos?»

En estos párrafos y en otros muchos que podríamos citar, tomados de dicha Encíclica o de multitud de otros mensajes, homilias o alocuciones, el Papa ve en esta guerra el mal temporal supremo, y, al llegarle la trágica noticia, nada ambiciona para sí ni aun para la Iglesia, no sueña vanos sueños de gloria personal, ni, como tantos hicimos, se prepara a ordenar su vida y su hacienda para sacar el mejor partido posible de los tiempos anormales que se acercan: su primer y único sentimiento, sus pensamientos constantes son para los sufrimientos que caen sobre sus hijos y que él siente como si atenazaran su propia carne mortal. Pío XII no aparta de su pensamiento a los infelices soldados que sufren en el frente toda clase de peligros e inclemencias, compadece constantemente y con todo su corazón a los cautivos y emigrados que arrastran sus hatillos polvorientos a lo largo de millones de kilómetros, y llora las mismas amargas lágrimas que vierten los inocentes que ven su suelo natal hollado por la odiosa bota del invasor.

Y cuando ni esto siente y piensa el Papa, lo hace aún más, teniendo presentes a los que se encuentran en las más difíciles circunstancias, a los enfermos y viejos, que mueren sin que una mano querida cierre sus ojos; a los pobres y oprimidos, y a los que tienen la tremenda desgracia de que pesen sobre sí cargas y responsabilidad; a los que se extenuan en vez de poder instruirse, y a los jóvenes de uno y otro sexo que ven desvanecerse en vertiginosas teorías los más bellos años de su vida.

El fin de guerra del Padre Santo es la paz; su fin es la justicia; su única política, la oración constante y la

meditación oportuna; el solo partido que defiende es el de los que sufren, sin distinción de religión, raza ni clase social.

\* \* \*

Desde un principio, Pío XII vió con más claridad que nadie la ininterrumpida sucesión de horrores y atrocidades que se avecinaban con la amenaza de guerra. Si releemos el mensaje radiado el día 24 de agosto de 1939, en vísperas, por lo tanto, de estallar la catástrofe, comprenderemos que, con clarividencia absolutamente profética, Su Santidad no compartía los optimismos de los que, llevados de su orgullo, anunciaban una fulminante «blitzkrieg», ni la insensata serenidad de aquellos que, con una fría confianza en sus propias fuerzas, esperaban poder ganar cómodamente una guerra larga.

Un mero cálculo humano ya indicaba que, con frecuencia, los rayos de los hombres se vuelven lanzados por Dios contra los pueblos de donde partieron, y también que una nación sana y temerosa de Dios jamás buscará su salud en la pereza de un «attentisme» comodón. Pero el Vicario de Cristo en la Tierra sabía más; sabía que la inminente catástrofe que se avecinaba iba a ser de dimensiones apocalípticas, atendiendo a la malicia y a la gravedad de los males que la ocasionaban, a saber: que los individuos olvidan las leyes de solidaridad y caridad humanas y las sociedades fingen ignorar el hecho de que



su autoridad depende de Dios. Dice la Encíclica que aquellas leyes de caridad y solidaridad son dictadas e impuestas «por un origen común y la igualdad de la naturaleza racional en todos los hombres, sea cual fuere el pueblo a que pertenecen, y por el sacrificio de la Redención ofrecida por Jesucristo en el ara de la Cruz a su Padre celestial, en favor de la humanidad pecadora». Y añade luego que, al fingir que se ignora que la autoridad del Estado procede de Dios, se da a aquella autoridad «una facultad ilimitada de acción, abandonándola a las ondas mudables del arbitrio o únicamente a dictámenes de exigencias históricas contingentes y de intereses relativos».

Estos errores funestos ocasionan, en creciente inestabilidad, consecuencias cada vez más devastadoras: los hombres, no viendo en sus semejantes más que simples medios de satisfacer sus concupiscencias, se abandonan a condenables odios raciales o constituyen empresas que, para lucrarse, roban a millones de seres la inocencia o el pan; los gobiernos no vacilan luego en revalidar tan bajas iniciativas en provecho de sus propios fines y, vulnerando tratados y simulando alianzas, siembran la desconfianza por doquier.

«La Política, emancipada de la moral, traiciona a los mismos que así la quieren.» «Nada está perdido con la paz; todo puede estarlo con la guerra.»

Así sonaba, el día 24 de agosto de 1939, la serena voz de Radio Vaticano, y con ella trabajaba la diplomacia

Pontificia, que se multiplicaba en sus gestiones en favor de la Paz, «aun con peligro de que nuestras intenciones y nuestros fines fuesen mal interpretados», peligro que sin duda ha existido siempre y, acaso, ha llegado a ser grave, como lo demuestra la dureza con que en ciertas ocasiones se ha castigado a los supuestos promotores de ilusiones de paz entre los beligerantes.

Permita Dios que sigamos creyendo que las intenciones del Papa han sido siempre y por todos bien interpretadas; nos consta, por lo menos, que en aquella ocasión, encontraron «acogida respetuosa», lo cual, desgraciadamente, no fué bastante para crear un asomo de mutua comprensión y recíproca confianza que ahogasen en su origen el atroz incendio de la guerra.

\* \* \*

A partir de este instante histórico de infeliz recordación, el Papa sufre, intercede, ora y hace orar, sabiendo que sólo por la oración puede salvarse la humanidad, que se abisma en este sangriento caos.

Renace entonces, decuplicada, en las oficinas del Vaticano y de las Nunciaturas, la febril actividad que otrora tan bien conoció monseñor Pacelli: se procura la administración de auxilios espirituales en los frentes, se colabora infatigablemente en los trabajos que pesan sobre los hospitales, se inspeccionan los campos de trabajo y de concentración, se mejora la situación de los prisioneros, se comprueba la suerte de los desaparecidos, se salvan los heridos, se transmiten cartas, se internan los niños, se socorren las ciudades, se confeccionan paquetes, se intentan canjes, se procura disminuir el empleo de las armas crueles; en fin: no hay en la guerra aspecto espiritual, diplomático o sanitario en que el Vaticano no haya dejado sentir intensamente su acción bienhechora para unos y otros pueblos beligerantes.

Y el trabajo enorme que es necesario para hacer llegar su caridad a los lugares más lejanos, proporciona, además, al Pontífice una masa ingente de información que le confirma el horror con que su corazón de Padre vió, antes de que nada empezase, todo el conjunto de males que implica la guerra.

Desde mucho antes de que se disparase la primera arma, el Papa sufre y reza por todas las víctimas de la guerra, incluso por muchos de los que hoy se consideran felices; siente la marchita tristeza de los árboles, de los pastos y de los campos que añoran unas manos encallecidas en su amor; sabe la amarga desolación del que trabaja bajo un cielo remoto, sin poder soñar que vuelva a reunirse aquella familia que se dispersó bruscamente, hace tantos años; sufre con el mutilado y ciego, como con el que ha perdido a sus hijos y con el que jamás será padre; intenta siempre consolar la desesperación del que sabe truncada su posibilidad de amor o ha visto desaparecer ante sus ojos la vivienda que tantos abuelos llamaron suya y donde él mismo guardaba sus haberes y sus recuerdos; gime con los doloridos acentos de los que se lamentan en las mazmorras, y parten su corazón los denuestos que se profieren en las trincheras; en cada aurora percibe el silencio de los que desfilan entre el muro y el pelotón de ejecución, y se angustia luego con la misma angustia terrible de los que se precipitan en los refugios; vibra con la misma ansiedad que sienten los pilotos que se ven envueltos en una red luminosa de disparos antiaéreos; conoce la emoción que para tantos oculta la breve nota de que han sido avisados los parientes más próximos, y sabe el peligro que cada segundo esconde para todo combatiente en el mar; pesa sobre él la fría soledad de la pobre vieja que cada tarde avanza penosamente hasta el recodo del camino, con la secreta ansia de atisbar al cartero; se encuentra huérfano y desamparado como tantos sacerdotes sin altar y tantos sagrarios sin techumbre, y se siente in-

sultado por todos los robos, traiciones, calumnias, asesinatos y pecados e impurezas de todo género que cada día y cada noche se cometen a causa de la guerra o para la guerra.

Sufre todavía el Papa por aquellos que, sin ser beligerantes ni víctimas directas de la guerra, ven reducido el poder adquisitivo de sus cortos ingresos y son impotentes para impedir que, cada vez más, sus familias sean entumecidas por la miseria; sufre también por los locos e insensatos que contemplan la hecatombe con una pasión pueril y deportiva, marcando en los mapas las cruces que debieron erigirse en los mismos campos de batalla; y sufre, incluso, por los seres abominables que no sólo desoyen las insistentes súplicas del Papa al no pedir ni una sola vez a Dios que se digne abreviar el terrible conflicto, sino que se atreven a edificar escandalosas especulaciones económicas sobre un siniestro cimiento de cadáveres humanos.

\* \* \*

No seamos nosotros como éstos, sino que, uniéndonos en espíritu a las intenciones del Papa, procuremos imitarle en la oración y en el sacrificio; esforcémonos en aceptar, hasta con placer, los sacrificios que la guerra imponga, pues acaso contribuirán a aplacar la justa ira de Dios, y con ello se evitarán mayores males a la humanidad; tratemos también de disminuir en nuestros semejantes las dificultades que la guerra les produzca, atendiendo más a los más necesitados y a los más próximos, y hagamos, desde luego, voto de rechazar, por sus manchas de sangre y de crimen, todo beneficio que de la guerra nos pueda provenir; hagamos lo posible por que ninguna noticia despierte en nosotros vanas pasiones y, sin perjuicio de los deberes que nuestro patriotismo nos señale, considerémoslas todas, animados de sentimientos de caridad para los inocentes de los pueblos beligerantes... Y leamos, en fin, con atención, los documentos pontificios, en los cuales aprenderemos mucho sobre Pío XII y mucho sobre la guerra; y, acaso, estas lecturas podrán servirnos para ilustrar luego a otros más ignorantes y contribuir a engrandecer, a los ojos de las gentes, a este Pontífice que a tantas insidias y a tantos peligros está expuesto.

Expliquemos a los que sufren horrores comparables a los de la destrucción de Jerusalén, que antes alguien intentó reunir a todos los pueblos bajo el manto de la paz, como el ave reúne la nidada bajo sus alas, y que este alguen es el obispo de Roma, que no huye de ningún bombardeo y que, voluntariamente, se somete a todas las penalidades que están a su alcance, que ordena que las inmensas salas del Vaticano y hasta sus más reducidas habitaciones personales estén tan frías como los hogares más tristes.

Que sepan que este anciano les ama con una ternura que nadie sospecha, y que igual procura salvar de la muerte (con recio gesto de padre) al combatiente que lucha en un frente lejano, como consuela (con su suave cariño de padre) a la muchacha sumergida en la niebla trepidante de una fábrica de municiones y que espera, en un esperar sin fin, la pequeña ilusión de cuatro líneas de amor.

FRAXINUS EXCELSIOR.



## Cuando S. S. el Papa Pío XII perdió su anillo

El temor, afirma Virgilio, da la medida de las cualidades del ánimo. Y un clásico español, Francisco de Quevedo, asegura que las ruinas, tan frecuentes, de los poderosos, tienen su origen en que éstos temen donde no habían de tener miedo, y no tienen miedo donde habían de temer.

Yo no sé, exactamente, cuál es la medida de la cualidad de mi ánimo. Sé — eso sí — que mi temor al escribir es grande, que la responsabilidad me abruma y que el tema me desborda. Y que no sé si debo o no tener miedo para escribir y triunfar.

Esto sentado, sí sé, en cambio, con absoluta seguridad, que no tengo derecho a opción. Bajo el yugo más dulce — la disciplina de la amistad y del respeto —, yo sólo sé que debo atender a los deseos de quienes redactan CRISTIANDAD, para que mi pluma andariega se pose hoy — pese a su insignificancia — en las páginas, dulcemente severas, de esta revista, hecha a las Encíclicas de los Papas, a las glosas más autorizadas y más solemnes, y siempre actuales, de los pensadores católicos pretéritos.

Y en este marco — ¡ay, amigos! — debo yo narraros, sencillamente, cómo Pío XII, ese hombre bueno que rige los destinos del mundo católico, perdió su anillo.

Fué en Roma, en 1940. A la sazón, y por segunda vez en mi vida, reemprendía yo el camino que circunda la tierra toda, impulsado por la fuerza de las circunstancias. En Roma debía asistir a una Audiencia pontificia: la que, periódicamente, concede S. S. Pío XII a los recién casados. Y, paralelamente a ella, a quienes solicitan agregarse a la comitiva.

Recuerdo que era una luminosa mañana de marzo. El sol, valiente, inundaba de luz aquel, entonces, todavía sereno oasis de paz. Las piedras centenarias de la Plaza de San Pedro devolvían el eco de las pisadas bulliciosas e inquietas. Bajo las grandes arcadas se estrujaba una multitud anhelante. No tenía el empaque y la solemnidad de las grandes masas uniformes, congregadas en devota peregrinación. Era una mezcla alegre y retozona de la mejor juventud de todos los países. Roma, como meta de un viaje de desposados. El Vaticano, como cima de una conducta, como clave de una resolución, como índice de un propósito. La bendición del Papa, representante de Dios en la tierra, como presagio del Cielo y como complemento de un acto que constituye a un tiempo, un Sacramento.

¡Los recién casados! Les veo aún, con su sonrisa feliz, empujándose, presurosos e impacientes, para llegar cuanto antes a presencia del Vicario de Cristo.

¡Pío XII! Del tiempo en que estaba al lado de su egregio antecesor, de quien quiso ser continuador en el nombre y en tantas cosas, data sin duda su amor a estas audiencias a los recién casados. Pío XI fué el Pontífice de la Encíclica *Casti Connubi*, Encíclica sobre el matrimonio cristiano, promulgada en atención a las actuales circunstancias, necesidades, errores y vicios de la familia y de la sociedad. Su sucesor, Pío XII, ha sido el noble continuador de aquella consoladora doctrina, y, para extenderla, habla periódicamente a los recién casados.

Y ya estoy ante el Pontífice, mezclado con la multitud, pero muy cerca de Pío XII. Yo le veo y le oigo. Pío XII es alto, seco. Todo el empaque de su estirpe noble se refleja en la solemnidad de sus movimientos, dignos y lentos, elegantes y prósperos. Pío XII es moreno,

acaso de tono un poco aceitunado; de facciones angulosas y enérgicas. Su blanco solideo diríase que remata su testa de príncipe, coronándola con la dignidad suprema del supremo sacerdocio. Unos lentes sencillos — como todo en él, pese a su porte majestuoso — le dan un aire amable de personaje culto, la vista cansada en los estudios intensos.

El Pontífice habla... Su voz es suave, dulce, persuasiva. Voz solícita, de acento paternal. Habla en tono llano, simple. Las verdades que vierte son fundamentales, profundas, aunque proclamadas con sencillez, con claridad, al alcance de todos.

Y cuando termina — el Salón del Trono con los altos dignatarios, con la púrpura de los cardenales, con el brillo rutilante de los uniformes, con las corazas y los penachos de espuma de la Guardia suiza, de los zuavos pontificios y de los nobles del Vaticano —, cuando termina Pío XII, desciende y se mezcla con la multitud, que le rodea y le abraza.

Y así se funde con sus hermanos el primer monarca del orbe, el soberano que, desde el solio de Roma, rige los destinos del mundo católico. Este mundo católico, envuelto, a su pesar, en los afanes y en las tragedias de la guerra más dura que conocieron los tiempos...

Ya he descrito alguna vez cómo me vi envuelto en la muchedumbre, cómo fui a parar junto al Sumo Pontífice y cómo le besé el anillo. La multitud me empujó junto a él, y esa misma multitud me arrancó de su lado, no sin antes haberle pedido, con el alma en los labios:

— ¡Una bendición para España! ¡Para España!

Y Pío XII, antes de que la ola humana le apartara de mi lado, me miró y, con una tierna sonrisa, al tiempo que su mano venerable trazaba la señal de la Cruz, exclamó:

— ¡Oh! ¡España! ¡España!

Fué a la salida de esta audiencia inolvidable cuando me informaron:

— En la audiencia pasada, S. S. el Papa, estrujado materialmente por la multitud, perdió el anillo...

¡El anillo del Papa! Una tradición, un poco ingenua, asegura que San Pedro llevaba ese anillo. Con todo, parece que la referencia más fidedigna a este respecto data de una carta de Clemente IV — 1265 — dirigida a su sobrino Pedro Grossi, de San Gilles, en la que ya se menciona el anillo del Papa, *annulus piscatoris* — anillo del pescador —, llamado así porque con él los Papas sellan sus breves y porque lleva la imagen de San Pedro en el momento de lanzar su red. Figura en él una barca y, en torno, el nombre del Pontífice con la inscripción, en cifras romanas, del número que le corresponde entre los de igual denominación.

Pues bien... El anillo del Papa, el anillo de Pío XII, al ser éste estrujado por la muchedumbre vibrante de entusiasmo, se perdió en una audiencia de aquel mes de marzo de 1940, en que la guerra adquirió su peligrosa y tristísima extensión actual.

\* \* \*

El anillo del Papa apareció unas horas después, al hacerse la limpieza del Salón del Trono. No fué un hurto. Fué simplemente que, en el arrebato de fervor de la gran masa de fieles, se cayó al suelo y no pudo recuperarse hasta que la multitud abandonó la amplia estancia.

No me atrevo a extraer la hermosa lección de este episodio vulgar. Pero casi se desprende de su simple exposición. Pío XII, el Supremo Pontífice de la Iglesia Católica, recibe a una muchedumbre y se entrega a su aplauso y a su abrazo — al extremo de perder su anillo — sin ningún temor. Los guardias suizos, los zuavos pontificios, los viejos guerreros de indumento medieval y los altos dignatarios de la nobleza, son, apenas, un símbolo. Y no solamente no se atenta contra la vida del Papa, del primer soberano de la tierra, sino que, al perder éste una

joya valiosa, aparece la misma sin que haya existido el menor intento de hurto.

¡Qué consoladora lección! ¡Ojalá la locura del mundo no haga que se tuerza este camino! ¡Ojalá que nunca tengamos que temer por la vida del Papa, el hombre bueno que rige los destinos del mundo católico! Este mundo católico, hoy de lleno en el delirio de la guerra, hoy centro de la batalla tremenda, cuajada de graves incógnitas, cuya solución sólo conoce Dios...

ANTONIO PÉREZ DE OLAGUER

## Una nueva proclamación del Decálogo



«La alegre noticia», ha dicho el Sumo Pontífice, hace unas semanas, en una instrucción pastoral. El Vicario de Cristo, cabeza visible de la Iglesia, ha venido de nuevo con su palabra de consuelo. Como mil y tantas veces, la Iglesia ha hecho revivir la palabra del ángel anunciando a los pastores.

Entonces era el acontecimiento del Nacimiento del Hijo de Dios. Ahora y después, la palabra del Niño hecho Hombre.

Es aquella palabra nunca bastante comprendida por la humanidad: «Yo soy la Verdad y la Vida», dijo Jesús. «Quien me siga, no morirá.» Pero los hombres han desechado el aviso como un estorbo, como un grito turbador, como «molesta coacción».

Colectiva e individualmente, el hombre ha venido sumiéndose en abismos de tristeza cada vez más profundos, sin otras perspectivas que un hundimiento cada vez mayor. La guerra espantosa de ahora ha sido el resultado de las normas que han informado la vida de los pueblos. Y cuando el mundo anda más anonadado, más enloquecido en la propia desgracia, la única palabra dulce ha venido de Roma, del Papa, de la Iglesia.

La alegre noticia; una promesa de protección y de salvación. Entre tantas tristezas, la sola palabra ya llena el corazón de esperanza. Alegre, alegre noticia. Un reducto que aun queda, que siempre ha quedado, que quedará siempre: el reducto fundamental, esencial, perenne.

La palabra olvidada del Hijo de Dios ha sido ahora recordada por el Santo Padre. Hay una única solución, ha dicho: los Mandamientos de la Ley de Dios. Y ante su auditorio de párrocos de Roma y predicadores de la Cuaresma, ha lanzado el único encargo: «Id por el mundo y predicad la buena nueva. Si han olvidado la palabra de Dios, la Iglesia, ahora y siempre, viene a recordarla.»

«Escoger entre el agua y el fuego, entre la vida y la muerte», ha dicho Pío XII. El fuego y la muerte, hasta como realidad del momento, devastadores, aniquiladores.

Y la letra del Decálogo viene suave, consoladora. Advierte, pero no amenaza. «No tendrás otro Dios fuera de Mí. Amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo.»

«Mientras la convivencia humana—ha dicho el Papa—tendría tanta necesidad de fuerzas religiosas y morales, se deja sentir la disminución de la fe en Dios y de la observancia de sus mandamientos.»

Las gentes no han querido saber que en la adversidad es cuando más se necesita de la fe. Han querido ignorar que ella es el remedio infalible, el recurso único y supremo.

El Santo Padre señala un renacimiento del paganismo. «Una enorme corriente antirreligiosa se opone a los creyentes que quieren informar toda su vida en la Ley

de Dios, y no pocos sucumben y languidecen en la práctica de la religión.»

La existencia de las grandes ciudades modernas, ¿es el motivo de esta debilitación de las prácticas religiosas? El Santo Padre las llama focos de aire corrompido, focos de veneno. «Para vivir en ellas cristianamente, hace falta un profundo espíritu de fe y una fuerza de resistencia propia de mártires.»

Las ciudades, como aglutinantes de una sociedad nefasta, como albergadoras de unas costumbres llenas de peligros. Fijémonos en la importancia del calificativo papal: propia de mártires. Adivinamos el gesto de Pío XII al hablar así, ese gesto que hemos podido contemplar recientemente en las pantallas de nuestra ciudad: su rostro de asceta, su frente serena, y los brazos levantándose en una inmensa súplica.

¿Cuáles son los principales pecados de la sociedad actual? En primer lugar, la decadencia del principio de autoridad, tanto en el orden familiar como en el social. Reproducamos las palabras del Papa: «Que todos den ejemplo de vida moderada y que ejerzan el poder moral inherente a su función, de acuerdo con las normas de justicia y amor.»

Todo es sencillo: el enunciado, los deberes de cada cual: humildad, dignidad, caridad. Y entonces viene lo increído, la promesa de la Iglesia: *El mundo quedaría admirado de los prodigios de tranquilidad y confianza pública que produciría esta actuación.*

Hemos hablado tanto, hemos complicado tanto la lucha, que se nos ha ido del pensamiento nuestro punto de partida. Volvamos todos a lo que una educación cristiana nos ha enseñado primero, el primer bagaje tan esencial y tan fácilmente olvidado: el Decálogo, como fundamento de orden moral.

El ha de representar la única guía, la única norma. Hacer de Dios el centro absoluto de nuestra vida; amar al prójimo como a nosotros mismos. Si así es, no seremos blanco de las acusaciones del Santo Padre en esa instrucción pastoral suya: laicización del domingo, lo que llama «matrimonio de película», la especulación de los que desprecian la miseria de sus semejantes, el desvío de la doctrina social de la Iglesia en muchos jóvenes que se llaman católicos...

No olvidemos que el domingo no es sólo el día de traspaso entre una semana de trabajo y otra. Si la idea de Dios informa toda nuestra vida, sabremos destinar la fiesta a unirnos más a El: como un superior esfuerzo para ser dignos del Padre.

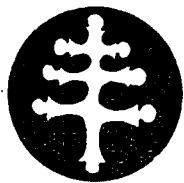
El Sumo Pontífice arremete contra la profanación del domingo. «En ritmo creciente — dice — viene quitándose su carácter religioso. El deporte excesivo no deja tiempo para la oración y el recogimiento, y el cine inmoral convierte el domingo en día de pecados.»

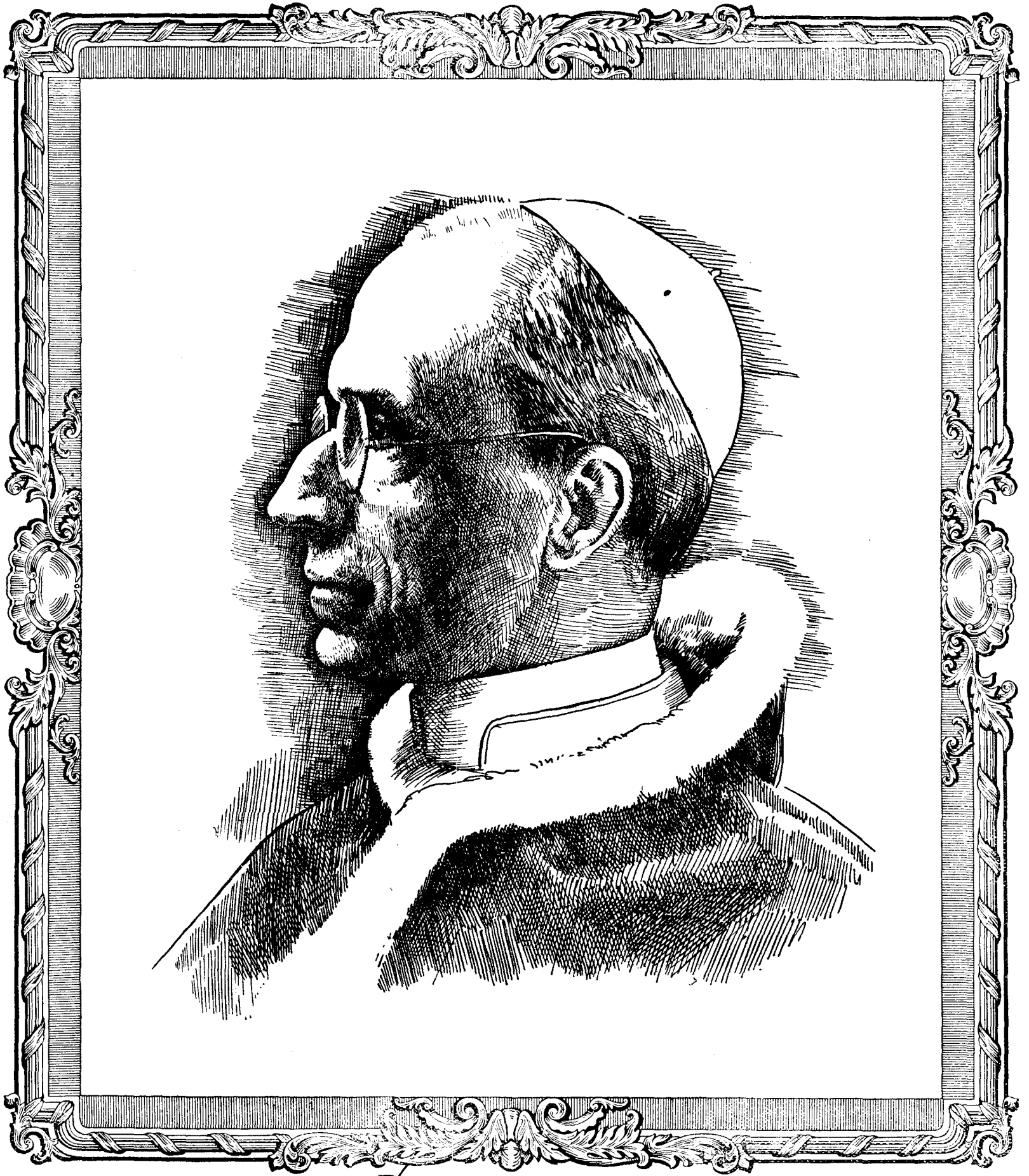
(Continúa en la página 15)

# PIUS XII

Entre los «gérmenes de vida que la mano de Dios arroja con tanta prodigalidad en el seno del caos», que vimos en nuestro primer número de la Revista, llenar de esperanza a hombres como De Maistre y Ramière, no es el menor este providencial instinto que se va extendiendo con intensidad creciente, en el pueblo cristiano, y que lo agrupa cada vez más, con lazos auténticamente filiales, alrededor, no sólo de la figura y de la Institución, sino de la misma *persona veneranda* del Vicario de Cristo. ♦ No son ya precisas, por tanto, biografías ni anecdóticos acerca de nuestro Pontífice, porque no puede menos que ser sobradamente conocido para la mente aquello que el corazón ya siente. ♦ A medida que la Barca de Pedro va adelantándose en lo más proceloso del Océano de lo Porvenir, se ve claramente como la Providencia va complaciéndose en formar, con solicitud exquisita, con verdadera predestinación, a Aquellos que designa para sucederse en el timón del Pescador. Es admirable esta predestinación en la persona del sapientísimo Joaquín Pecci, hasta llegar a hacer de él un León XIII, «Lumen in cœlo»; en la del sencillo párroco Sarto, el futuro Pío X, «Ignis Ardens», fuente de caridad renovadora en la Iglesia siempre joven. ♦ Igualmente los caminos de Dios han sido admirables en Pío XII. Llamado a soportar el mayor temporal de la Historia registrado hasta el día, a presenciar una lucha amplia como el Mundo, fué también realmente mundial, universal, la labor de Apostolado, que, como preparación a su Elección augusta, la Providencia confió a Eugenio Pacelli, sucesivamente Monseñor, Nuncio y Cardenal, como si quisiera que, de alguna manera, hubiese visto y sentido de cerca el palpar de toda suerte de situaciones, de pueblos y de políticas. ♦ Discípulo del gran Gasparri, Nuncio de Baviera en plena juventud — autor allí de un Concordato verdaderamente modélico —, Nuncio en Berlín — en los momentos de la descomposición socialista —, su nombre parece luego converger con el de su deudo, el del otro Pacelli, benemérito también, paciente y hábil tejedor del Tratado de Letrán. Consumado este trascendental acontecimiento, que coronó la fructífera vida de Gasparri, al concederse a éste el legítimo descanso, el Cardenal Pacelli le sucede en el cargo de Secretario de Estado de Pío XI, siendo nombrado, significativamente, en circunstancias grandiosas, Legado «a latere» del inmortal Pontífice con quien estuvo identificado durante nueve años. Y, en este tiempo, en jornadas que con justicia se han llamado triunfales, pero que nosotros preferimos calificar de profundas, vemos cómo Dios dispone que Eugenio Pacelli visite la Argentina — confin austral del orbe católico — y palpe el babélico conjunto de los Estados Unidos; cómo, para festejar el LXXV aniversario de Lourdes y la erección de la Basílica de la «Estrella del Pontificado», de Pío XI, en Lisieux, frecuente sus viajes a la Francia eternamente predestinada y rebelde; y cómo, en grandes jornadas, o siquiera en etapas, pise Hungría y España, también predestinadas como baluartes europeos de firmeza en la defensa de la Fe de los mayores. ♦ La apostólica labor del Padre común desde el feliz 2 de marzo de 1939 en que subió al Solio, es pan bien gustado y conocido del pueblo fiel. Su esfuerzo en pro de la Paz, tan heroico cuanto desobedecido por la Humanidad alejada de Cristo es gigantesco, y solamente el tiempo concederá la distancia necesaria para medirlo. Y su labor magistral más admirable aún, sobre todo si se tiene en cuenta lo turbado y trágico de los tiempos. ♦ Ésta culmina en la Carta Encíclica «Corporis mystici», documento central de su Pontificado. ♦ En medio de la mayor de las conmociones de la Historia, el Sucesor de Pedro, en la fiesta de éste y de San Pablo — significativa coincidencia con la del Apóstol de las Gentes — nos hace revivir la divina realidad de que somos miembros del Cuerpo místico de Jesucristo. Cuanto todo es destrucción y muerte en derredor, nos recuerda que somos inmortales, porque estamos injertados en Aquél que es la misma Vida. ♦ Y si adoramos a Jesucristo, no podemos menos que amar a quien es su Vicario en la tierra. Y sentirnos, asimismo, sus miembros. Miembros de esta Cabeza visible, que es el Padre de todos, el Papa. ♦ Miembros auténticos que desean vivir, y, si es necesario, penar y sufrir con su Cabeza. Porque los tiempos actuales son de sufrimiento. ♦ Y de oración que es la que puede hacer a éste verdaderamente fecundo, y convertirlo, mañana, en glorioso. ♦ Oremos, sin descanso y fielmente, por el Papa.

¡DOMINUS CONSERVET EUM!





*Fms PP. XII*

# El Alfa y Omega de un Pontificado



*¿Qué época sufrió el tormento del vacío espiritual, de profunda indigencia interior, más que la nuestra a pesar de toda clase de progresos en el orden técnico y puramente civil?*

Con esta observación, tan llena de punzante realidad, nos resume S. S. Pío XII la impresión que le causa la vista de los acontecimientos, al hacerse cargo, en el trágico año 1939, de la responsabilidad suma que representa el Pontificado de la Iglesia.

No es, pues, de extrañar que, al tomar la pluma para dirigirse por primera vez al orbe católico desde tan alta dignidad y exponer su clara visión del estado actual de la humanidad, procure, al mismo tiempo, comunicarnos un rayo de luz sobrenatural, única que puede en verdad disipar las terribles sombras que empañan nuestra época.

En su primera Encíclica, *Summi Pontificatus*, aparecida en la festividad de Cristo Rey del citado año 1939, primero de su pontificado, leemos:

«Al poner esta primera Encíclica, con el corazón rebosante de confiada esperanza, bajo la insignia de Cristo Rey, Nos sentimos absolutamente seguros de la unánime y entusiasta aprobación de toda la Grey del Señor. Las experiencias, las ansiedades y las pruebas de la hora actual despiertan, agudizan y purifican el sentimiento de la solidaridad de la familia católica, en grado raras veces conseguido.»

El valor que da el Papa a esta insignia de Cristo Rey y la razón de tomarla como supremo apoyo, nos los explica en el exordio de la Encíclica, que vamos a transcribir por el interés extraordinario que encierra.

Empieza así:

«El arcano designio del Señor, Nos ha confiado sin merecimiento Nuestro alguno, la altísima dignidad y las gravísimas preocupaciones del Pontificado Supremo, precisamente en el año en que se cumple el cuadragésimo aniversario de la consagración del género humano al Sacratísimo Corazón del Redentor, que nuestro inmortal predecesor, León XIII, intimó al orbe, al declinar el pasado siglo, en los umbrales del Año Santo.»

Todos nuestros lectores conocen el hecho aludido. León XIII, al final de su fecundo Pontificado, habiéndole Dios librado de una grave dolencia, como él mismo indica, coronó toda su labor con un acto que, de tiempo en tiempo, anhelaba y que considera ser «el más grande de su Pontificado»: la consagración del género humano al Sagrado Corazón de Jesús.

Continuemos el texto de Pío XII:

«¡ Con qué júbilo, emoción e íntima aprobación acogimos entonces como mensaje celeste la Encíclica «Annum Sacrum», precisamente cuando, novel sacerdote, habíamos podido recitar: *Introibo ad altare Dei!* ¡ Con qué ardiente entusiasmo unimos Nuestro corazón a los pensamientos y a las intenciones que animaban y guiaban aquel acto, verdaderamente providencial, de un Pontífice que, con tan profunda penetración, conocía las necesidades y las llagas manifiestas u ocultas de su tiempo! »

Con esta delicada confidencia de los tiempos de su juventud, Pío XII nos abre su corazón, dejándonos entrever, en la serenidad que le prestan sus años, una como añoranza, que le es causa de angustia y de aliento a la vez; de angustia, al comprender ahora en toda su magnitud la gravedad de aquellos males y la profundidad de las intenciones de León XIII; de aliento, al recordar el entusiasmo que tal doctrina le infundió entonces, a su ingreso en el sacerdocio, y que ahora, en la cumbre del mismo y en circunstancias tan apremiantes, le es necesario.

«¿Cómo, pues, no sentiremos hoy profundo reconocimiento a la Providencia, que ha querido hacer coincidir Nuestro primer año de pontificado con un recuerdo tan importante y querido de Nuestro primer año de sacerdocio? ¿Cómo no acoger con júbilo tal coyuntura, para hacer del culto al Rey de Reyes y Señor de los Señores como la plegaria de introito de este Nuestro Pontificado, con el espíritu de nuestro inolvidable predecesor y para fiel actuación de sus intenciones?»

Nos permitimos interrumpir otra vez la exposición, para hacer hincapié en la íntima convicción con que Pío XII expresa su sentimiento. Observemos cómo precisa su intención de conservar *el espíritu de Nuestro inolvidable predecesor, para fiel actuación de sus intenciones*. Tal deseo, por parte de Pío XII, de mostrarse fiel continuador de su ilustre Predecesor, es un ejemplo que se repite continuamente en el Papado y que nos da una de tantas pruebas de su segura indefectibilidad.

Manifiesta, a renglón seguido, el Pontífice, la resolución práctica a que estas consideraciones le llevan:

«¿Cómo no hacer de él (del Culto al Rey de Reyes y Señor de los Señores) *el alfa y omega* de Nuestra voluntad, de Nuestra esperanza, de Nuestra enseñanza y de Nuestra actividad; de Nuestra paciencia y de Nuestros sufrimientos, consagrados todos ellos a la difusión del reino de Cristo?»

Este es, a nuestro entender, el punto culminante del exordio que venimos comentando, y es conmovedor ver cómo el Papa, en su entrega, excluye toda limitación, detallando expresamente: su voluntad, esperanza, enseñanza y actividad, y también su paciencia y sufrimientos *consagrados todos ellos a la difusión del reino de Cristo*.

Recojamos con atención esta última frase y compáremosla sólo con otra frase de la «Annum Sacrum», de León XIII, sobre la Consagración del Mundo al Sagrado Corazón de Jesús, diciendo: «Consagrándonos a El, reconocemos y recibimos, sinceros y gustosos, su imperio...» ¿Qué relación hay entre la Realeza de Cristo y nuestra Consagración al Corazón de Jesús? Pío XII nos lo aclarará:

«Si contemplamos bajo el aspecto de la eternidad — *sub specie aeternitatis* —, así los acontecimientos externos como el último desenvolvimiento de los últimos cuarenta años, y medimos sus grandezas y deficiencias, aquella consagración universal a Cristo Rey se manifiesta cada vez más a Nuestro espíritu en su significado sagrado, de robustecimiento y defensa, en su intento de purificación, elevación, de robustecimiento y defensa de las almas, y, al mismo tiempo, en su previsoría sabiduría, que mira a curar y ennoblecer toda humana sociedad y promover el verdadero bien.»

*Toda humana sociedad*, dice el Pontífice; luego nos prescribe el remedio, no sólo para los individuos sino tam-



bién para la sociedad como tal. No podrá negarse la autoridad que la pluma del Romano Pontífice presta a este aspecto social, que es, sin duda, el más desconocido de esta doctrina, a pesar de la gran trascendencia que encierra aún para los individuos considerados en sí mismos, sobre los que tanto pesa la influencia buena o mala del medio social. ¡Y pensar que, aun a los cristianos, nos parece poco conforme con nuestro siglo el proponer a la sociedad remedios en los que la eficacia estriba en virtudes esencialmente sobrenaturales! Mas veamos la convicción con que se expresa sobre ello Pío XII:

«Cada vez con más claridad se nos revela como mensaje de exhortación y de gracia de Dios, no sólo para su Iglesia, sino aun para un mundo tan necesitado de estímulos y de guía, que, sumergido en el culto de lo presente, se extraviaba cada vez más y se agotaba en la fría rebusca de ideales terrenos; mensaje a una humanidad que, en escuadrones cada vez más nutridos, se alejaba de la fe en Cristo, y más aún, del reconocimiento y de la observancia de su ley; mensaje contra una concepción del mundo para la que la doctrina de amor y renunciación del Sermón de la Montaña y la divina acción de amor de la Cruz, eran escándalo y locura.»

Y aquí añade una bella comparación del mensaje de León XIII al mundo extraviado:

«Como un día el Precursor del Señor a los que le preguntaban, con deseo de instruirse, proclamaba: *He aquí el cordero de Dios*, para prevenirles que el Descenso de los pueblos, si bien todavía desconocido, moraba en medio de ellos; de la misma manera, el representante de Cristo, con aquel poderoso grito de conjuro: *He ahí vuestro Rey*, se dirigía a los regenerados, a los dudosos, a los indecisos, a los fluctuantes, que se negaban a seguir al Redentor glorioso, viviente y operante siempre en su Iglesia, o le seguían con descuido y flojedad.»

A fin de completar la exposición de esta doctrina, sobre el crecimiento de la devoción y culto al divino Corazón

del Redentor para llenar la actual vaciedad de los corazones, y, al propio tiempo, con el fin de recordarnos que, aunque expuestas admirablemente por León XIII, no lo ha sido menos por los demás Pontífices, que cada vez han ido desarrollándola y dándole mayor precisión, concluye Pío XII el exordio de su Encíclica, trayendo a nuestra memoria otro Pontífice y otro acto que todos nosotros recordamos con devota emoción: la institución de la fiesta de Cristo Rey por S. S. Pío XI. Dice así:

«De la difusión y del arraigo del Culto del Divino Corazón del Redentor, que encontró su espléndida corona no sólo en la consagración del género humano, al declinar el pasado siglo, sino aun más en la introducción de la fiesta de la Realeza de Cristo por nuestro inmediato predecesor, de feliz memoria, han brotado inefables bienes para un sinnúmero de almas; *impetuoso río alegre la ciudad de Dios*. ¿Qué época necesitó más que la nuestra de tales bienes? ¿Qué época sufrió el tormento del vacío espiritual, de profunda indigencia interior más que la nuestra, a pesar de toda clase de progresos en el orden técnico y puramente civil? ¿No se le puede, quizás, aplicar la palabra reveladora del Apocalipsis: *Dices: rico soy y opulento, y de nada necesito; y no sabes que eres misero y miserable, y pobre, y ciego, y desnudo?*»

Estas palabras, en boca del Pastor supremo de la Grey, son de una trágica significación; pero, como hemos visto, inducen al Papa a la busca de la única esperanza posible en estas graves circunstancias: la esperanza sobrenatural verdadera, así para los individuos como para la humana sociedad.

*El reconocimiento de los derechos reales de Cristo y la vuelta de los particulares y de la sociedad a la ley de su verdad y de su amor, son la única vía de salvación.*

José M.<sup>a</sup> Minoves

(Viene de la página 11)

## Una nueva proclamación del Decálogo

En cambio, dedicando el domingo a Dios, se encontrará «el debido reposo que redundará en beneficio de la elevación religiosa, de la renovación espiritual, y que está concorde con el progreso de la vida familiar».

Si queremos a Dios, querremos a la Iglesia, nuestra Madre, y nos uniremos al clamor del Papa para que la ciudad de Roma no sea destruida: ciudad eterna en el destino indefectible de la Iglesia, a donde acuden fieles de todo el mundo, que la veneran como inspiradora, animadora y glorificadora de la Santidad, como el Santo Padre amorosamente la llama.

La guerra en Roma y, por extensión, en todo el mundo, «siempre y en todo caso, es superable con buena voluntad», ha dicho el Papa.

Y remedio de todo, la alegre noticia; la buena nueva: el Evangelio.

JORGE ELÍAS

«Lo que enseña la experiencia y contemplación de esta hora trágica es casi una enseñanza intuitiva de la advertencia de la Sagrada Escritura, que proclama que el hombre, libre de tomar una decisión, debe saber lo que escoge: agua o fuego, vida o muerte. Los tiempos que tan duramente atravesamos y que muelen en dolor y sangre a tantos pueblos y naciones, son tales como para escuchar los mandamientos de Dios no como una voz de molesta coacción, como gustábase de representarlos en los días de prosperidad exterior y de bienestar material, sino como una alegre noticia, como una promesa de protección, de salvación y de redención.»

(De la instrucción pastoral pronunciada por Su Santidad el día 22 de febrero pasado y publicada en los periódicos el día 25, según texto de la agencia EFE, fechado en la Ciudad del Vaticano el día 24.)

*José Selgas Carrasco, natural de Murcia (1824-1882), era un simpático escritor de ideas y sentimientos cristianísimos. Colaboró en varios periódicos; fué secretario de la Presidencia del Consejo y, últimamente, Académico de la Lengua.*

*Sus artículos en prosa, especialmente sus Estudios sociales, le dieron inmensa y bien merecida popularidad. No fueron tan conocidas sus novelas, aunque las tiene muy interesantes.*

*En verso, escribió La Primavera, El Estío, Flores y espinas y otras poesías que no llegó a coleccionar. Las distingue la sencillez de su fondo, la ingenuidad de sus metáforas, unidas a la profundidad, al espiritualismo de una inspiración que tiñe, a menudo, la tristeza.*

*Transcribimos hoy un artículo de José Selgas, característico de su manera: una idea penetrante, envuelta en una anécdota de intrascendencia aparente, jugada con maestría.*

## El Pensamiento Libre Por JOSÉ SELGAS

Realmente, es un conflicto para los entendimientos perezosos la obligación de saberlo todo, en que los ponen las celebradas conquistas del derecho moderno. De cualquier modo que sea, para representar dignamente el papel de ciudadano en la sociedad en que vivimos, se hace preciso que hasta los más zotes se conviertan en pozos de ciencia. La libertad nos llama a todos, sin más título académico que el de la cédula de vecindad, a resolver directa o indirectamente, *ex cathedra*, las cuestiones más arduas y los problemas más difíciles en el orden político, moral y religioso... Ni más ni menos.

Parece, pues, necesario que hasta los más ignorantes añadan, por de pronto, al título de ciudadano, los títulos de doctores en teología, licenciatura, por lo menos, en política, y siquiera el de bachiller en moral. Ya sé yo que, con el tiempo, porque tal es el progreso, los eclipses de sol, la virtud especial de la quinina, el orden geológico de las capas de la tierra y las ecuaciones de segundo grado, se decretarán por mayoría de votos en asambleas populares, elegidas por sufragio universal; ¡qué duda tiene...! Pero, entre tanto, nos basta con los conocimientos elementales que se necesitan para gobernar, digámoslo así, el cielo y la tierra, a Dios y a los hombres, este mundo y el otro, lo temporal y lo eterno.

Hasta hace algunos años, no había yo caído en la cuenta de la necesidad de esta aptitud para tener, como ahora se dice, mi opinión, mi respetable opinión, acerca de los diferentes puntos que diariamente se controvierten y se deciden en la academia popular de la plaza pública, y era yo partidario de todos los desatinos que la ignorancia y la perversidad del corazón y del entendimiento han puesto de moda. Claro está que, entre las diversas libertades que me sonreían, la libertad de imprenta fué la que me pareció más encantadora. Por supuesto, había llegado mi razón a las más atrevidas conclusiones, sin más estudio que la lectura de algún periódico, y sin más razonamientos que los acostumbrados en las disputas de los cafés o en las conversaciones transcendentales de los corrillos; poseía la fraseología corriente, y era capaz de encajarle un discurso filosófico, político y religioso al lucero del alba.

Ya lo he dicho: la libertad de imprenta me encantaba, y había aprendido como un papagayo a decir que era la emancipación del pensamiento, la palanca de la inteligencia y el centinela avanzado de la civilización y de la cultura. ¿Quién me tosía a mí con toda esa serie de conocimientos? En punto a crítica, toda caía bajo el peso de mis terribles fallos. Si no me veía cerca de la presidencia del Consejo de ministros, a lo menos me consideraba con aptitud para alcanzarla.

En este estado, poco más o menos, se hallaba mi entendimiento, cuando me asaltó la idea de casarme.

Verdaderamente, echar sobre mí la cadena del matrimonio, era hacer traición a todas las libertades que me sonreían; pero vaya usted a convencer al corazón con teorías de libertad, cuando se le han metido, permítaseme la frase, entre ceja y ceja, las dulces miradas de dos ojos resplandecientes, grandes y negros.

No obstante, traté de desechar semejante idea; mas pronto advertí que antes se hacía preciso borrar los vivos contornos de una preciosa imagen, que yo no sé por qué misteriosa fotografía, se había ido estampando poco a poco en el fondo de mi alma.

Apelé a todos los disolventes que pude hallar en el laboratorio químico de mis ideas, y no encontré reactivo eficaz que disipara las tenaces líneas de aquella imagen permanente.

Mis principios económicos se combinaron, produciendo en el acto esta quinta esencia:

«Es pobre».

Por un momento, se oscureció la claridad de la imagen que ocupaba mi pensamiento; mas pronto apareció de nuevo, dejándome admirar el tesoro de sus encantos, que la imaginación, siempre loca, se complacía en realzar con la suposición de todos los atractivos.

La economía no alcanzó a destruir el lujo de su belleza.

Cualquiera que sea el maravilloso conjunto de sus perfecciones, aunque el facsímil de su correcto dibujo contenga el fiel retrato de la misma Venus, al fin y al cabo era una mujer, y, por tanto, sujeta a todas las fragilidades y a todas las inconstancias de que adolece la cara mitad del género humano.

Así me hablaba la triste experiencia recogida en mi vida de hombre libre, presentándome, uno tras otro, la serie de desengaños que la juventud recoge en sus vanas disipaciones.

El mundo, desde el fondo oculto de mi pensamiento, hacía esfuerzos inauditos por sustraerme del poderoso influjo que en mí ejercía la bella imagen que llevaba grabada en mi memoria; y, ocultando la faz risueña con que seduce a los incautos, me presentaba la faz terrible con que desespera a los que han caído en el abismo de sus locos placeres.

Pero la imagen, semejante a la aurora que aparece en el horizonte de un cielo sereno, disipaba las sombras de mi espíritu con la sonrisa de la esperanza y de la inocencia.

Todo fué inútil: mis cálculos, mis reflexiones, mis razonamientos carecían de fuerza para vencer la terca resistencia de mi corazón obstinado, y, cerrando los ojos, decidí casarme.

Desde el momento en que formé esta resolución irrevocable, comenzó a parecerme desierta la casa en que vivía; me pareció lóbrega, triste, desmantelada. Los muebles, en los que hasta entonces no había reparado, los encontraba de mal gusto, pobres, viejos e incómodos; la mayor parte de los cuadros que adornaban las paredes, me parecieron de escaso mérito y de malísimo gusto; porque, ¡oh contradicción inexplicable!, eran al mismo tiempo demasiado libres en la ejecución y en los asuntos.

Consideré como cosa absolutamente indispensable renovar los muebles, los adornos, y, si me es permitido decirlo así, purificar la atmósfera que hasta entonces había respirado en mi propia casa, sustituyendo el aseo y el orden al abandono y a la libertad que se respira en las casas de los hombres solteros.

Ante todo, elegí la pieza más alegre para que sirviera de tocador a la que, Dios mediante, había de ser, más tarde o más temprano, la madre de mis hijos.

Esta habitación, severa por la regularidad de las líneas que la formaban, y risueña por la claridad con que la iluminaba la luz del día, se prestaba admirablemente a brillar con todos los ricos pormenores con que el refinamiento de nuestras costumbres adorna esa clase de habitaciones, destinadas a eternizar la belleza de nuestras mujeres.

Yo había admirado muchas veces el gusto exquisito y la esmerada riqueza que ostentan esta especie de templos de la hermosura, y resolví, allá para mis adentros, desplegar allí todo el lujo a que alcanzaran los recursos de mi mediana fortuna.

Gozaba de antemano saboreando la agradable sorpresa que en ella causaría el aspecto esplendoroso de su tocador flamante, cuando me detuvo una reflexión repentina, que me dejó pensativo.

— ¡Lujo!... ¡Lujo!... — exclamé, hablando solo. La ciencia lo considera como necesario a la vida de la industria; la industria es el gran elemento de las propiedades públicas; los pueblos más industriales son los pueblos más ricos; luego, si se suprime el lujo, es, pues, suprimir el alma de la economía política. Muy bien: esto es luminoso, y no tiene vuelta de hoja; pero si bien es verdad que hace prosperar a los pueblos, suele darse con

frecuencia el fenómeno económico de muchas familias arruinadas por el lujo; como elemento doméstico no ofrece, en realidad, las mayores ventajas.

Además, pensaba yo que el lujo, arrojado así a los ojos inexpertos y, por lo tanto, impresionables de una mujer joven y bella, había de producir cierto deslumbramiento, y, por regla general, estas alucinaciones causan vértigos que no suelen tener consecuencias muy favorables para los maridos.



*José Selgas*

Haciendo, pues, la salvedad científica conveniente para dejar en toda su integridad mis principios económicos, determiné amueblar el tocador de la próxima compañera de mi vida, con toda la sencillez posible...

Una vez dispuesta la casa y completo todo el menaje indispensable, pensé del mismo modo en renovar mi modesta servidumbre, porque, en verdad, no tenía yo la menor idea de las buenas costumbres de las gentes que hasta entonces me habían servido.

¡Ya se ve! En mi vida de soltero, no les había ofrecido grandes ejemplos que imitar, y, alentados por la intemperancia de mis inclinaciones, habían proclamado, tomándoselas una a una, todas las libertades; mas yo iba a pasar del estado de ciudadano independiente a la categoría de jefe de familia, iba a ejercer las graves funciones de un magisterio que a la vez me conceden la naturaleza, la religión y la sociedad, y no era prudente exponer la tranquilidad y hasta el decoro de mi casa a los desórdenes de mis criados: los necesitaba menos libres y más fieles.

Sobre la mesa de mi cuarto había un gran número de tarjetas, y me entretuve en leerlas una a una, recorriendo así la larga serie de mis amigos y de mis conocidos. Maquinalmente, mis manos iban rasgando unas y apartando otras. Rasgaba las de aquellas personas cuyo trato podía ser peligroso a mi familia, y apartaba las de los amigos que podía conservar sin temor de que corrompieran el corazón de mi mujer o extraviaran el entendimiento de mis hijos.

¡Extraña contradicción! Yo, partidario en la plaza pública de todas las libertades absolutas, empezaba a establecer en mi casa el sistema de las más severas restricciones. O me había vuelto loco, o comenzaba a tener juicio.

Eché una ojeada sobre mi escritorio y otra ojeada a mi biblioteca, recordando que en el escritorio había papeles y cartas que contenían imágenes demasiado desnudas y conceptos poco escrupulosos, y en la biblioteca, libros que removían los cimientos de la sociedad, ya en forma literaria, ya en forma científica, plagados de todas las sensualidades intelectuales de la sabiduría libre.

La inmunidad del pensamiento manuscrito e impreso, invocando los derechos del hombre, me pedían la libérrima circulación entre individuos de mi familia, seres racionales al fin, que tenían derecho a respirar el aire de la inteligencia. Mas es el caso que la imbecilidad de mis opiniones políticas no era tan crasa que no me dejara advertir la grave contingencia de que la lectura de aquellos manuscritos corrompiera el entendimiento de mi mujer y mis hijos. El peligro me tocaba tan de cerca, que yo, librepensador, me aterraba ante la idea de que mi mujer y mis hijos llegaran a ser también librepensadores.

Pero ¿había de condenar a reclusión perpetua a aquellas luminosas manifestaciones del pensamiento humano? ¿Por qué no había de poner en manos de mi familia aquellos manuscritos y aquellos libros que el Estado dejaba circular libremente en nombre de la libertad de imprenta?

Después de dar muchas vueltas en mi cabeza a esta contradicción terrible entre mis ideas y mis sentimientos,

decidí quitar las llaves del escritorio y de la biblioteca; pero tropecé con la probabilidad de un descuido, con la curiosidad, tan propia de la inocencia como de la malicia, y tuve por más eficaz el recurso de alejar toda contingencia, echando fuera de mi casa los manuscritos y los libros, que, por primera vez en la vida, me parecían peligrosos. ¡Magnífica idea...! Podía hacer con ellos un buen regalo.

Con esta idea me acosté y me dormí tranquilamente; mas me desperté con una nueva preocupación: si yo alejaba aquellos libros de mi casa porque su lectura era pernicioso, ¿no habría una verdadera traición en envenenar con ellos la atmósfera de otra familia?

Me vestí pensativo, cejijunto, malhumorado.

Era una mañana fresca, como lo son todas las de diciembre, y la chimenea de mi cuarto, previamente encendida, llameaba, convidándome a respirar el perezoso calor de su aliento. Una idea incendiaria pasó como un relámpago por mi cabeza, y, sin más reflexiones, saqué del escritorio y de la biblioteca los manuscritos y los libros y, uno a uno, los fui arrojando en la chimenea, apartando con horror los ojos, mientras el fuego convertía en humo y en ceniza todas aquellas libres manifestaciones del pensamiento humano.

Ahora llamo a todos los librepensadores que en estos momentos revuelven el mundo, y les pregunto:

¿Qué habrías hecho en mi caso?

¿Habrías, como yo, arrojado los libros que podían pervertir el corazón y el entendimiento de vuestras mujeres y de vuestros hijos?

¿Sí?

Entonces, sois unos inquisidores.

¿Los habrías conservado en vuestros escritorios y en vuestras bibliotecas, dejándolos circular entre vuestros hijos y entre vuestras mujeres?

¿Sí?

Entonces, sois unos infames.

De esta manera he llegado yo, casi sin saberlo, a resolver la grave cuestión de la libertad de imprenta.

Si somos honrados y justos, no podemos querer para la sociedad lo que no queremos para nuestros hijos.

# Una tertulia literaria del siglo XIX

Descrita por MANUEL CAÑETE (1850)

En la modesta morada de un joven, cuyo elevado talento y vasta ciencia son bien conocidos de unos pocos, siendo dignos de ser apreciados por muchos, se reúnen dos veces cada semana varios otros jóvenes, con el fin de consagrarse al cultivo de las letras y adquirir, alentados por un noble estímulo, conocimientos de que carecen, por desgracia, algunos de nuestros ingenios más famosos.

Semejantes reuniones son tan sa-

brosas como útiles. En ellas no impera ningún género de charlatanismo. En ellas no se estudian las artes de engañar a la multitud, levantando mentirosos aparatos de ingenio y ciencia que la deslumbren, ni se reducen a practicar la enseñanza de combinar banderías cuyo destino sea crear injustas reputaciones y ejercer el monopolio de la fama en la espera de la inspiración artística.

A una de estas reuniones me con-

dujo mi buena suerte, hará como tres meses y medio, y confieso que, aun prescindiendo de las felices consecuencias de tal visita, no podré menos que recordarla siempre con delicia, merced al agradable espectáculo que en ella tuve el gusto de presenciar.

Nueve o diez jóvenes, presididos por el dueño de la casa, se ocupaban en escuchar el análisis que hacía otro de ellos, de la «Medea», de Séneca, y

se preparaban a dirigir objeciones al imberbe crítico, cuya pericia en el conocimiento del rico idioma del Lacio me pareció tan notable como rara.

Satisfecho de hallar tal suma de saber en tan breves años; admirado de la rectitud y buen gusto del joven crítico, cuyo nombre siento no recordar en este momento, y dándome interiormente el parabién por los frutos que deberán producir tales reuniones en época no lejana, iba a despedirme ya del anfitrión de aquel festín literario, el señor don Aureliano Fernández-Guerra (1), cuando éste me advirtió de que aun habríamos de gustar nuevos manjares antes de la terminación del banquete.

La costumbre autorizada en el pequeño liceo de que hago mérito es, en primer lugar, leer uno o más capítulos de los consagrados por algún célebre preceptista a determinar las condiciones fundamentales del arte, y discurrir acerca de su contenido, para apreciar debidamente el valor de la doctrina. En seguida procede el individuo designado por la suerte en la semana anterior a examinar, desde el punto de vista que más le place, alguna de las preciosas joyas dramáticas que nos ha legado la antigüedad o que enriquecen la literatura española y extranjera de nuestros tiempos; y, por último, se leen composiciones poéticas de los circunstantes, y se analizan y corrigen con una buena fe y un amor verdaderamente fraternal.

Por una casualidad que sentí entonces, y que después he estimado providencial y dichosa, el alumno de las musas cuyas poesías debían ocupar a la asamblea aquella noche, había olvidado el borrador de los versos que pensaba someter al fallo de sus amigos. Mucho me dolí de este olvido, porque deseaba conocer prácticamente los frutos de semejante ejercicio; pero aun fué mi sentimiento mayor cuando supe que, entre las composiciones olvidadas, había una cuyo destino era execrar las miserias de la envidia y la fatuidad de la ignorancia.

— Si no temiera molestar a ustedes — dijo entonces uno de los circunstantes —, les daría a conocer al-

(1) Nota de la R.— Aureliano Fernández-Guerra fué uno de los hombres más eruditos de su tiempo.

gunas poesías de un joven de mi país, rico en infortunios como en ingenio y dotado de cualidades morales que le debieran conquistar el aprecio de todo el mundo. Hace ya más de seis meses que me envió un cuaderno de composiciones, titulado *La Primavera*, y hoy es el día que no he podido conseguir que nadie quiera escucharlas.

— Y ¿cuál es el nombre de este ingenio desconocido? — preguntamos todos a coro.

— José Selgas y Carrasco — respondió el joven —. Creo — añadió con el fuego de un entusiasmo generoso — que no me ciega la amistad en cuanto a sus méritos, y que estas poesías, aunque poco afortunadas, como el que las ha creado, son de más precio que muchas de las que publican y ensalzan diariamente los periódicos de la Corte.

— Veámoslas, pues — dijo otro de los concurrentes —. Juzgo, sin que me asista para hacerlo razón ninguna ostensible, que no se equivoca en esta ocasión el amigo Arnao. La circunstancia de no sernos conocido el nombre de Selgas, me impele a creer que sus obras se elevan sobre la esfera de lo vulgar. Si así no fuese, a estas horas nadie ignoraría que existe, y la Prensa lo habría coronado una y mil veces de aplausos de gacetilla. Poeta que no mete ruido, que no intriga, que no se elogia a sí mismo, debe ser bueno por fuerza.

En esto, el joven Arnao desenrolló el cuaderno de poesías y, con una sencillez que revelaba la bondad de su corazón, dijo:

— Si estas cándidas inspiraciones hablan al alma de ustedes como a la mía, si logran interesar a los que escuchan, tendré una de las mayores satisfacciones que haya experimentado jamás.

Y leyó un precioso idilio, titulado *La caridad y la gratitud*, en el que pinta el poeta, valiéndose de una ingeniosa alegoría, la excelencia de ambas virtudes y lo beneficioso que resulta el practicarlas.

Desde que tuvimos el gusto de oír las primeras redondillas de la composición, comprendimos que los versos que escuchábamos eran hijos de un poeta. A la terminación de la lectura, todos creíamos que el autor de aque-

llas delicadas imágenes debía poseer un alma tan pura como sus versos.

Sin embargo, *La caridad y la gratitud* no es de las más correctas ni de las más profundas inspiraciones del libro; Arnao, que había querido proporcionarnos el placer de que saboreásemos gradualmente la belleza de tales flores, leyó en seguida la que él denominó *El retrato del Poeta*, es decir, el idilio, rico en espontaneidad y galanura, titulado *La modestia*:

*Por las flores proclamado  
rey de una hermosa pradera,  
un clavel afortunado  
dio principio a su reinado  
al nacer la primavera.*

*Con majestad soberana  
llevaba y con noble brio  
el regio manto de grana,  
y sobre la frente ufana  
la corona de rocío...*

Esta gallarda poesía fué acogida con el mayor entusiasmo. Su mérito debía, naturalmente, producirlo; pues de mí sé decir que he leído pocas en las que un pensamiento más bello esté expresado en más delicada forma (1).

Al poco rato, la reunión quedó terminada, y los que asistíamos a ella abandonábamos el lugar en donde acabábamos de adquirir el conocimiento de un verdadero poeta. Desgraciadamente, son tan pocos los que merecen este nombre y tantos los que lo usurpan, que la aparición de un vate digno en el campo en el que pululan tan torpes grajos, es un acontecimiento para los amantes de las letras.

Al despedirme, rogué a Arnao que me facilitase por algunos días las composiciones de Selgas, y le pedí que me autorizase para dar a conocer públicamente el indudable mérito de su amigo y paisano. Su amabilidad accedió a todo, y a los pocos días tuve el gusto de insertar en las columnas de *El Heraldo* (periódico que se goza en dar aliento a la juventud que vale) algunos renglones destinados a anunciar que acababa de aparecer en el cielo de la poesía española una estrella de clarísimo esplendor.

(1) Sin que falten toques de suave ironía: .....

*Y en este reinado fueron  
todas las flores modestas.*

# 27 de abril

La devoción Mariana ha girado principalmente, en Cataluña, en torno a la venerada imagen de Ntra. Sra. de Montserrat, cuya festividad se celebra el 27 de Abril. Si cabe, da mayor actualidad a las presentes líneas, el anuncio del Jubileo Montserratino, que acaba de conceder S. S. Pío XII, con el que el venerado Monasterio se propone conmemorar el Centenario de aquel feliz día 7 de septiembre de 1844, en que se restituyó la Sagrada Imagen a su trono después de la excomunión y del período revolucionario abierto en 1835. • Alfonso el Sabio de Castilla, yerno de Jaime el Conquistador; un poeta valenciano - el Capitán Cristóbal de Virués - levantan su voz y vienen a rendirle pleitesía, desde las columnas de CRISTIANDAD...

## Ntra. Sra. de MONTSERRAT

### CANTIGAS MONTSERRATINAS DEL REY SABIO

Montserrat era ya entonces famoso en todo el mundo cristiano. Los peregrinos extendían por doquier su luminoso renombre. Los milagros de la Señora de la Santa Montaña llegaban a las más humildes aldeas, temblando en la voz emocionada de los romeros. Las peregrinaciones eran cada día más frecuentes. La luz de la devoción a la Virgen crecía con la rapidez de llamas hinchadas por el viento.

¿Y es de creer, ante la carencia de noticias precisas, que el Rey Cantor de Santa María, aquel devotísimo monarca a quien tantos afanes inquietaban, olvidase la Montaña?

Cuanto menos — puedo asegurarlo — no la olvidó en su obra poética, ya que escribió cuatro cantigas de sabrosísimo tema montserratino.

¿Nacieron en su alma al visitar a la Señora? ¿Visitó a Montserrat el Rey Sabio?

Imaginemos a Alfonso, que permaneció desde la Navidad de 1274 hasta fines de enero de 1275 en la ciudad condal. Cortesanos, amigos, su esposa, hija de Jaime I, y este mismo monarca, le hablarían con toda seguridad de la Virgen, invitándole a visitarla. La inquietud imperial que le arrastraba hacia tierra francesa, le traería alborotado; pero, al mismo tiempo, Santa María era la Estrella de sus empresas y la paz de su espíritu.

Quiero imaginarle ahora saliendo de Barcelona con su suegro y esposa montados todos en regias cabalgaduras. Cerca todavía de la ciudad se detendría la comitiva junto a un bosquecillo. Y alguien hablaría de aquel devoto de Nuestra Señora, a quien un rayo dió muerte. Se dirigía a Montserrat con un amigo suyo de creencias endebles, que ante el cadáver empezó a blasfemar contra María. Pero ésta le devolvió la vida, arrancándolo de la avidez del Infierno.

A media montaña descansaría de nuevo la comitiva junto a una fuente. Aquí — contaría alguien — una mujer devota, que iba en romería a Montserrat, fué robada por Raimundo, caballero guerrero y salteador. Acudió des-

consolada al monasterio, pidiendo venganza a la Virgen, que castigó duramente a los bandoleros. Remata la cantiga, en que glosa este motivo el Rey Sabio, con el arrepentimiento y milagrosa curación de los desdichados.

Ya en lo alto, agradecería sobremanera al monarca la frescura y alboroto de una fuente, hilo fresquísimo que saltaba monte abajo rompiéndose en arroyos juguetones.

*Monsarraz este chamado  
o logar ú é a fonte  
saborosa, grand'e crara  
que naç'encima d'un monte.*

Y a aquella fuente iba unido un milagro, que todos debían conocer, que los mismos monjes referían a los admirados peregrinos. Un caballero abastecía de agua al monasterio. Pero de tal manera apremiaba a los monjes para que le pagaran la retribución que codiciosamente les exigía, que éstos, desesperados, acordaron implorar el favor de María.

*«¡Ay, Santa María!,  
a nosso coyta veede  
et con Deus, o vosso Fillo,  
que todo pode, poede  
que nos dé algun consello  
que non moiramos de sede  
veend'agua con os ollos  
e seer en deseiosos...»*

Compadecida de ellos, la Virgen cambia el curso de la fuente. Y el agua ríe abundante en el terreno del monasterio, ante el asombro del mal caballero, que se arrepiente y hace donación a los monjes de sus propiedades.

Al admirarse el monarca ante la iglesia, hundida en una majestuosa fortaleza de piedra viva, quizá el mismo prior le hablaría del pecador a quien la Virgen no permitió salir de su templo hasta que confesó su culpa públicamente.

Es esta una explicación poética de las Cantigas montserratinas. No he de negarlo. Pero en tanto que la investigación no haga luz sobre este punto oscuro, ¿no nos será lícito alborozarnos con esta bella creencia? No siendo, además, inverosímil que Alfonso visitara Montserrat y que esta visita le inspirase las Cantigas a cuyo tema acabo de referirme.

En la vasta colección de las Cantigas, sólo estas cuatro se refieren a Montserrat.

¿Visitó a Montserrat el Rey Sabio?, volvemos a preguntarnos. ¿La creación de estas composiciones sería independiente de esta posible visita? Planteados estos interrogantes, alborocémonos, dejándolos por unos momentos en olvido, con la alegría de las Cantigas montserratinas, y con la convicción de que el Rey Sabio, allá, desde su trono de Castilla, aunque no hubiera visitado nuestra montaña — cosa imposible en el Cantor devoto —, sentía una misteriosa y profunda devoción a Nuestra Señora de Montserrat.

FRANCISCO SALVÁ MIQUEL.



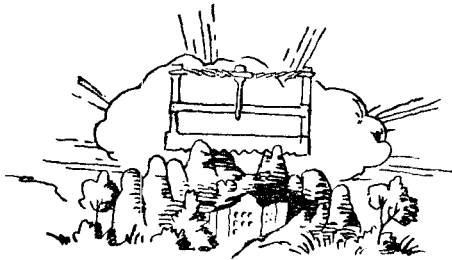
#### FRAGMENTO DEL "MONSERRATE"

*Es cual de venerable dama anciana  
la sacra Imagen que el Prelado mira,  
cuya santa belleza soberana,  
dando consuelo celestial, admira;  
su perfección ser más que de obra humana,  
con señales altísimos inspira,  
pues, junto con beldad suave, espanta  
su gravedad y reverencia santa.*

*Es el color de su divina cara  
moreno, más hermoso a maravilla,  
tanto que ante él la luz del sol más clara  
es oscura, turbada y amarilla;  
y al fin su perfección y forma rara  
no es posible en su punto describilla,  
sino diciendo que es conforme cuanto  
ser puede a la del Hijo sacrosanto.*

*Del cual en las rodillas santas tiene,  
con maternal afecto acariciado,  
el hermoso retrato que conviene  
en todo con su Imagen cotejado:  
con la siniestra mano le sostiene  
puesta en el hombro izquierdo del Amado,  
y al diestro lado la derecha asoma  
como que alguna cosa en ella toma.*

CRISTÓBAL VIRUÉS



## II - LA VIDA

## COMENTARIO INTERNACIONAL

*¿La paz, utopía? La paz, ideal realizable*

Mucho se habla y se escribe sobre la paz, y nunca, como ahora, hemos estado tan lejos de un apaciguamiento general de pasiones y de la verdadera fraternidad universal. Cuando la guerra, en su trágico torbellino, destroza a las familias y hunde a naciones enteras; cuando en todo el mundo se oye resonar la macabra sinfonía bélica, en la que se mezclan, en unísono fragor, el estampido de la pólvora, los ayes desgarradores de los moribundos y los gritos de dolor de los que sufren, es, ciertamente, el instante inaplazable de gritar «¡Basta!»

No hay paz. La humanidad vive una lucha atroz, despiadada, y en los espíritus bulle el malestar, la confusión y la incertidumbre. Los largos siglos de civilización cristiana parecen no significar nada para los pueblos, que, con su conducta, han trazado el esquema de la barbarie.

**Los últimos cien años**

Repasemos por unos momentos las páginas dolorosas que ha escrito la humanidad en los últimos cien años, para comprender hasta qué punto se ha perdido el espíritu de justicia y de caridad, cuyo influjo, dócilmente aceptado, hubiera podido evitar tantas ruinas amasadas con sangre y lágrimas, verdaderos jalones grabados en la Historia como testigos elocuentes, para los tiempos venideros, del ancho campo de equivocaciones a que puede llegar el hombre y la sociedad cuando se apartan de Dios. ¡Oh, si por lo menos fuese aprovechada tan costosa experiencia!

Fijémonos en los momentos principales. En 1846 y 1847 se desarrolla una de las guerras entre los Estados Unidos y Méjico, seguida, el año siguiente, de la revolución que salpicó a casi toda Europa de sangre y que llegó, incluso, guiada por Mazzini, a ultrajar y vejar al Papa Pío IX; lucha entre Austria y Cerdeña, y entrada de los franceses en la Ciudad Eterna, expulsando a los fautores de la sacrílega república romana. Estalla la guerra turco-rusa, que pronto tiene una derivación más extensa, terminando con la toma de Sebastopol, en 1855. Austria vuelve a batallar contra el reino sardo, ayudada esta vez por Francia, en 1859. Sobreviene la guerra civil de los Estados Unidos, y, en 1864, Dinamarca tiene que luchar contra Prusia y Austria, unidas en precaria amistad. Llega el año 1866, y podemos presenciar la rápida guerra de Prusia y Cerdeña por un lado, y Austria de otro. Guerra franco-alemana (1870) y entrada de las tropas de Víctor Manuel II en Roma, violando los sagrados derechos de la Santa Sede e injuriando a todo el mundo católico. Nueva guerra entre Rusia y Turquía, a la que suceden las habidas entre este Estado y Grecia, España y los Estados Unidos, Rusia y Japón. Se enciende la lucha en los Balcanes, en 1912, que se reproduce el año siguiente, aunque con algún cambio en los protagonistas, enlazando con otro conflicto entre la nación mejicana y los Estados Unidos, precisamente en el mismo año en que estalla la guerra europea, extendida más tarde a casi todo el mundo, y terminada, después de una tremenda carnicería, en una paz que nada y a nadie pacificó en verdad. Nuevos conflictos enturbian las relaciones entre los pueblos; y así,

estallan graves incidentes en Polonia, Lituania y Turquía, y, más tarde, dentro de un malestar continuo y general que desembocará en la actual guerra, podemos contemplar el conflicto chino-japonés, la guerra del Chaco, los incidentes de Leticia, la campaña de Abisinia y alguna lucha más. Por último, estalla la conflagración universal presente, que resume, en cierto modo, todos los odios, las enemistades y las ambiciones acumulados años y años por los pueblos que en ella toman parte, y es por lo que va adquiriendo paulatinamente mayor dureza, más amplia extensión y más inesperadas complicaciones.

**Premisas indispensables**

La visión anterior nos ayudará a situar el problema de la paz. ¿Es posible la paz en el mundo? Si hubiésemos de contestar atendiendo solamente a la realidad de los hechos y a los remedios empleados, la respuesta no podría ser ciertamente afirmativa. Los dirigentes de los Estados no han querido o no han podido comprender, la dificultad básica que ofrece tan ardua cuestión. Y si no se sitúan exactamente los precedentes y no se tienen en cuenta diversas premisas, es del todo inútil cualquier solución que se intente.

La naturaleza humana, viciada por el pecado, es susceptible de perfeccionamiento, pero para ello se requiere la aplicación de medios adecuados. El hombre, en el fondo de su ser, desea la paz porque aspira a la felicidad, pero no es desconociendo u olvidando a Dios y a su Iglesia como podrá encontrar el camino del orden y del sosiego internacional.

¿Cómo puede haber paz si la hermandad universal es patrimonio solamente de una exigua minoría? ¿No vemos en nuestros tiempos cómo se mantienen los odios de raza, aun en los pueblos cultos? Y la lucha de clases, ¿no impera todavía en muchas naciones, convirtiéndose en semillero de profundas discordias y, en algunos casos, de guerras civiles?

Además, nos es dado contemplar cómo, con cierta frecuencia, son atacados los derechos de la personalidad humana, por la imposición de determinados preceptos, opuestos a su libertad, a su dignidad y al fin último de su existencia, de lo cual se ha lamentado amargamente el Romano Pontífice. ¿Y qué diremos de la falta de respeto y protección a la familia, que no encuentra, en muchos pueblos, el reconocimiento de su augusta misión, y es, incluso, amenazada gravemente con leyes perturbadoras que atentan directamente a su existencia?

La paz presupone, necesariamente, el orden en las diversas esferas sociales y el respeto a la autoridad legal en sus diversas manifestaciones jerárquicas, unido todo ello al reconocimiento de los derechos irrenunciables del individuo y de las entidades naturales que integran la sociedad humana.

Todo lo que acabamos de decir no es más que el eco de recientes documentos pontificios. Pero, ¿cómo podrá lograrse la realización de estos principios básicos?



## Tentativas para evitar las guerras

Para el fin del ligero examen que nos hemos propuesto, conviene no olvidar las tentativas realizadas por los dirigentes políticos para impedir la repetición de nuevos choques sangrientos entre las naciones. Así, comprendemos claramente la incongruencia de los remedios propuestos y la necesidad de usar de medios que no sean los puramente humanos.

Fijémonos, solamente, en la situación del mundo, y especialmente de Europa, al finalizar la última gran guerra. Con seguridad, no encontraremos una descripción más perfecta y más viva que la que se contiene en la Encíclica «Ubi arcano Dei consilio», del Papa de feliz memoria, Pío XI. Decía el Pontífice: «Dondequiera que hubo guerra no están todavía apagadas las viejas rivalidades, que se dan a conocer, o con disimulo en los asuntos políticos, o de una manera encubierta en la variedad de los cambios monetarios, o, sin rebozo, en las páginas de los diarios y periódicos». Y, con visión espléndida, añadía: «De ahí que los odios y las mutuas ofensas entre los diversos Estados no den tregua a los pueblos, ni perduren solamente las enemistades entre vencidos y vencedores, sino entre las mismas naciones vencedoras.» Después de cuatro años de lucha, todos los pueblos son víctimas de su propia ceguera: «Y los dichos males van cada día agravándose más, por irse retardando el remedio: tanto más que las diversas propuestas y las repetidas tentativas de los hombres de Estado para remediar tan tristes condiciones de cosas han sido inútiles, si ya no es que las han empeorado». Así hablaba el Papa a fines de 1922. Ya se había firmado el Pacto de la Sociedad de Naciones, integrante del Tratado de Versalles, panacea infalible, según algunos, para curar los males de la humanidad. En aquella fecha, la confianza hacia el nuevo organismo era bastante general, pero no tardaron en apreciarse sus resultados. Los hechos no respondieron a las ilusiones y pronto empezaron las dificultades.

La Asamblea ginebrina no pudo dar solución a muchos y graves problemas que se le plantearon, y las actividades de los gobiernos se encauzaron por otros caminos. El 29 de enero de 1921, se celebra una conferencia en París, continuada posteriormente en Londres, sobre el problema de las reparaciones. En noviembre del mismo año, se reúne la conferencia de Washington sobre temas navales, y, a continuación, van celebrándose, a un ritmo acelerado, otras conferencias, reuniones y convenciones que desembocan en acuerdos, pactos y tratados de la más diversa índole. Recordemos las conferencias de Lausana, el Plan Dawes, la conferencia de Locarno, el Pacto Briand-Kellog, las conferencias sobre el desarme, las panamericanas, la conferencia de Stressa, el Pacto franco-soviético, y otros muchos, hasta llegar al acuerdo de Munich y a la anodina declaración de París entre von Ribbentrop y Mr. Bonnet. Y todo ello, ¿a qué ha conducido? Pues, sencillamente, a preparar una guerra mucho peor que la terminada en Versalles, en 1919. Veinte años de trabajar por la paz, y la paz está hoy mucho más lejos de la humanidad.

## Causas de su fracaso

¿Por qué no han dado resultado los trabajos encaminados a lograr una colaboración pacífica entre las potencias? Creemos que las causas, aunque de índole muy diversa, pueden englobarse en las siguientes: dudosa sinceridad en algunos hombres de Estado; ansias imperialistas y deseos de dominar a los demás pueblos, y, por encima de todo, ausencia de espíritu cristiano y de filial acatamiento a la Iglesia

Los políticos no han obrado, en la mayoría de ocasiones, con aquella buena fe que constituye la esencia de todo compromiso, si es que realmente quieren decir algo los acuerdos que se establecen. El supremo interés de la patria y las necesidades vitales de los pueblos han sido las expresiones con las que se ha pretendido, infinidad de veces, justificar el incumplimiento de tratados libremente pactados, y el abuso llega a tal extremo, que, hoy día, ningún país confía en las firmas de otros gobiernos, llegando a prender las suspicacias entre los Estados que se llaman aliados. ¿Cómo puede hablarse, entonces, de la instauración de la paz, si la moralidad está ausente de las relaciones internacionales? ¿Es que la mala fe puede ser nunca base de la justicia y engendradora de confianza? Pues sin una y otra, no es concebible la necesaria ordenación del mundo.

Otra de las causas evidentes, es, como decía Su Santidad, «la soberbia de la vida», el afán de dominio, norte y guía para muchas naciones. La mentalidad de algunos pueblos entiende la paz como el resultado de la sumisión de la humanidad a sus designios, y de ahí las teorías de «los espacios vitales», de las «zonas de influencia» y de otras expresiones similares que condicionan la paz al mantenimiento o al logro de privilegios, sin razón suficiente o gravemente injustos. También hay que agregar el poder que ejerce el dinero en nuestros días. Su influencia es tan extraordinaria, que muchos acontecimientos no podrían explicarse si olvidásemos la existencia de tan perturbadora tiranía, que podríamos condensarla en la expresión del Pontífice, «la concupiscencia de los ojos», es decir, en la ambición de poseer, sin tener en cuenta la justicia, el derecho y la moralidad.

Todo ello es en sí gravemente perturbador e incapaz de dar, por lo tanto, frutos de concordia; pero aun se ha llegado a peores extremos, pues ¿no se ha usado y se usa de la influencia política y económica como medio eficaz para introducir astutamente, en los países católicos, doctrinas y principios contrarios a la Verdad y a la sagrada misión de la Iglesia de Dios?

Y llegamos a la causa suprema. No se ha realizado la paz, aparte de todo lo dicho, porque el espíritu de Cristo no ha presidido las deliberaciones entre los Estados; porque el Papa no ha sido tratado como verdadero Padre; porque el Vaticano, lejos de ser la casa-madre de la humanidad, «es» un Estado neutral y, en este concepto, se le ha tratado; porque no ha habido respeto para la sede del mundo católico, y, finalmente, porque muchos han desvirtuado el verdadero alcance de la palabra «cristiano», usándola como término propagandístico, con funestísimas consecuencias. Oigamos las palabras del Sumo Pontífice: «Arrojado Dios y Jesucristo de las leyes y del gobierno, haciendo derivar la autoridad, no de Dios, sino de los hombres, ha sucedido que, además de quitar a las leyes las verdaderas y sólidas sanciones y los primeros principios de la justicia..., han sido arrancados los fundamentos mismos de la autoridad... Y de ahí las violentas agitaciones de toda la sociedad.»

## El único remedio

Todas las soluciones puramente humanas no pueden, por consiguiente, darnos la verdadera paz, y aun cuando no sean absolutamente despreciables, en cuanto significan una pausa en medio de las continuadas luchas y una aproximación más o menos lejana al ideal, no han de ser, en ningún caso, confundidas con éste.

En su preciosa Encíclica «Pacem Dei Munus», Su Santidad Benedicto XV, analizando la situación del mundo, inmediatamente después de la pasada guerra, escribía: «No hay paz duradera, ni son posibles convenciones esta-

bles de concordia, por largas y laboriosas consultas que costasen y por santos que fuesen los propósitos con que se firmaran, si no se da de mano a los odios y enemistades, mediante una reconciliación de mutua caridad.» He ahí el fundamento esencial de la única paz. La caridad. Por ella, los primitivos cristianos, «aunque fuesen de naciones diversas, y aun entre sí contrarias, borrando con el olvido voluntario el recuerdo de las pasiones, vivían en cordialísima paz». Y añadía más adelante el Pontífice: «Restablecido el orden de la justicia y de la caridad, y conciliados entre sí los pueblos, es de desear... que, alejado todo recelo, formen como una sola asociación, o más bien, familia, tanto para defender la libertad propia de cada uno, como para conservar el orden de la sociedad humana», y para que se acaben para siempre tan asoladoras guerras o se aleje lo más posible su peligro», conservando a cada pueblo, junto con la libertad de su Gobierno, «su integridad territorial, definida en sus términos justos». Es decir, instaurando en el mundo la Cristiandad, bajo el manto maternal de la Iglesia.

Pero, previamente, ¿cómo se curarán los males que afligen a la sociedad? El Papa Pío XI, en su Encíclica antes citada, describe concretamente los remedios: «Ante todo, es necesario que la paz reine en los corazones. ...Es necesaria una paz que llegue al espíritu y le tranquilice e incline y disponga a los hombres a una mutua benevolencia fraternal. Y no hay semejante paz si no es la de Cristo...» Ahora bien, «la verdadera paz de Cristo no puede apartarse de las normas de justicia», y no tan sólo de ésta, «sino que a suavizarla ha de entrar, en no menor parte, la caridad», puesto que «la paz es un acto propio y peculiar de la caridad». Con esta paz, dominadas las pasiones y evitadas las disensiones y discordias,

se logrará la integridad de las costumbres y el ennoblecimiento de la dignidad del hombre; y teniendo en cuenta «que una de las principales causas de la confusión en que vivimos es el hallarse muy menoscabada la autoridad del derecho y el respeto a los que mandan — por haberse negado que el derecho y el poder vienen de Dios, creador y gobernador del mundo —, también a este desorden pondrá remedio la paz cristiana». Pero, ¿qué institución podrá realizar y garantizar entre las naciones esa paz? Oigamos al Pontífice: «Siendo propio de sola la Iglesia, por hallarse en posesión de la verdad y de la virtud de Cristo, el formar rectamente el ánimo de los hombres, ella es la única que puede, no sólo arreglar la paz por el momento, sino afirmarla para el porvenir, conjurando el peligro de nuevas guerras», porque «no hay institución alguna humana que pueda imponer a todas las naciones un Código de leyes comunes, acomodado a nuestros tiempos»; sólo la Iglesia de Cristo «es la única que se presenta con aptitud para tan grande oficio, ya por el mandato divino, ya por su misma naturaleza y constitución». Para ello es necesario que se observen fielmente «en la vida pública y en la privada, las enseñanzas, los preceptos y los ejemplos de Cristo; y así, constituida ordenadamente la sociedad, pueda por fin la Iglesia, desempeñando su divino encargo, hacer valer los derechos todos de Dios, lo mismo sobre los individuos que sobre las sociedades. En esto consiste lo que, con dos palabras, llamamos el reino de Cristo.»

He aquí, sintetizado, lo que constituye el ideal de la paz; ideal contantemente repetido por los Romanos Pontífices y único capaz de dar al mundo el sosiego que tanto necesita. Ideal más o menos lejano, pero realizable al fin.

JOSÉ-ORIOL CUFFI.



# Sociedad Santa Ana de Bolueta

FUNDADA EN 1841

*Bilbao*

Bolas de acero forjado  
especiales para la  
industria del cemento

*Delegación en Cataluña:*

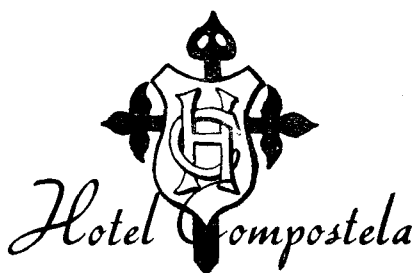
ARIBAU, 177, 1.º, 2.º - TELÉFONO 70634

Adquirid las  
publicaciones  
de

## “EL MENSAJERO DEL CORAZON DE JESUS”



APARTADO, 73  
BILBAO



PRIMER ORDEN

SANTIAGO DE COMPOSTELA

THE STANDARD

Diario Católico

DUBLIN

CONSTRUCCIONES URBANAS E INDUSTRIALES  
OBRAS PÚBLICAS

**J. GRENZNER MONTAGUT, Ing.º**

Rda. San Pedro, 27, 2.º, 4.º - Tel. 12058 - Barcelona

**EDITORIAL SCIENTIA**

Enrique Granados, 121  
BARCELONA

Colección ANTROPOS

Nueva edición de la inmortal obra:

*“Las Veladas de San Petersburgo”*

del Conde José de Maistre

TRADUCCIÓN:  
**JOSÉ CASÁN HERRERA**

PRÓLOGO DE:  
**Don Juan Bautista Soler Vicens**

## Hierros FLÓ

COLUMPIOS, MESAS, SILLONES, ETC.  
ORIGINALES PARA CAMPO, PLAYA Y JARDÍN

Aragón, 297 - Teléfono 78586 - BARCELONA

**Técnicos, Ingenieros:**

*Leed*

# ACERO y ENERGIA

SIDERURGIA Y METALURGIA  
INDUSTRIA TEXTIL  
QUÍMICA

LA REVISTA TÉCNICA ESPAÑOLA MÁS COMPLETA

Redacción y Administración: AVENIDA GENERALÍSIMO FRANCO, 388 - TELÉFONO 79796 - BARCELONA

Ha reaparecido la revista  
de nuestros abuelos

¿Recuerda su título?

## *La Familia*

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA DEL HOGAR

Lecturas amenas, novelas, cuentos, narraciones, caricaturas, dibujos, pasatiempos, poesías, chistes, anécdotas.

ALMACÉN DE

*Mercería, Peletería y Novedades*

Sucesores de

## Joaquín Bofill

S. A.

Casa fundada en el año 1875

VIA LAYETANA, 28  
BARCELONA

### Publicaciones del Monasterio de Montserrat

Acaba de aparecer la nueva edición del  
**MISAL DE CUARESMA Y SEMANA SANTA**  
del P. Alfonso M.<sup>o</sup> Gubianas, Monje de Montserrat.

Un volumen de 757 páginas en papel biblia.

Precio: en tela, Ptas. **23**. - En chagrin y cortes dorados, Ptas. **55**

Depósito General en Barcelona:

**Librería LAYETANA**

Calle Joaquín Pou, 1 - Tel. 25146